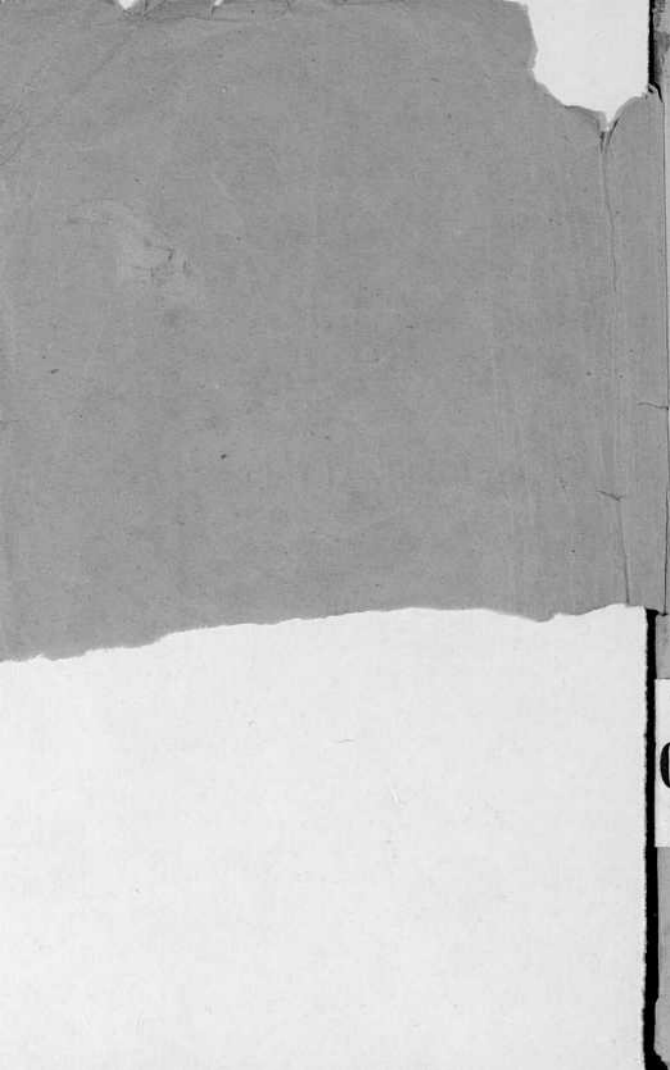


BIBLIOTECA UNIVERSAL



COLECCION
DE LOS
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS.
TOMO XX.
TESORO

70



~~2825~~

4.570

BIBLIOTECA UNIVERSAL.



0

4576

BIBLIOTECA UNIVERSAL



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XX.

TESORO DE LA POESÍA CASTELLANA.

SIGLO XVIII.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.^o

1876.

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE

MEJORES AUTORES

ESPAÑESES Y PORTUGUESES

ACADÉMICOS Y ECLESIÁSTICOS

TOMO XX

TESORO DE LA POESIA CASTELLANA

SEPTIMO TOMO

Madrid, 1876.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^o,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

EUGENIO GERARDO LOBO.

SONETOS.

¿Qué importará que el avariento cobre
Oro á quintales, perlas ciento á ciento,
Si la sed misma de que está sediento
Le obliga siempre á que ruindades obre ?

Más rico que ese rico es aquel pobre,
Que, de ambicion y de codicia exento,
Hace que lo que falta al avariento,
Como no lo apetece, á sí le sobre.

Las riquezas el uno desestima,
El propio engaño al otro lisonjea ;
Me agrada aquél cuanto éste me lastima.

Pues ¿quién será tan ciego, que no vea,
Que éste es siervo del oro, pues le estima,
Y aquél señor de sí, pues no desea ?

Como en las flores del jardín ameno
Oculto vive el áspid encerrado,
Y en el pié que le pisa descuidado
Su diente cláva, escupe su veneno ;

Haga aquí la justicia inquisiciones,
Y verá que la córte es madriguera,
Donde están anidados á montones.

¡Ah, señor don Francisco! (1) ¡Si usted viera
El mundo cómo está desde aquel día
Que vino aquella tal señora mia
A cobrar en sus ansias la postrera!

¡Ay, amigo, que no lo conociera!
Porque entónces, al fin, se distinguia
El animal del bruto, y así habia
Quien viese la funcion en talanquera.

Para cuatro cornudos vergonzantes
Que usted alcanzó en su siglo, ya perdido,
Hizo extremos y sátiras picantes.

Dé mil gracias á Dios no ser nacido,
Pues si hubiera alcanzado chichisvantes,
Ántes fuera cornudo que marido.

Engulle el poderoso rica sopa,
Cuando á mí me contenta una zurrapa;
Y siendo el mundo dilatado mapa,
Le parece á su vicio estrecha copa.

Con bordada, sutil y blanda ropa
El barro humano diligente tapa;
Y á mí me envuelve miserable capa
Y un negro camison de ruda estopa.

Ostenta á todos la gotosa tripa,

(1) Habla el poeta á D. Francisco de Quevedo, de quien era imitador y apasionado.

Y puede ser el que mejor me sepa
A mi la sucia bota que á él su pipa.

De la humana miseria huyendo trepa;
Pero, por más que puja, anda y ahipa,
Todos somos racimos de uva cepa.

IGNACIO DE LUZAN.

CANCION.

Á LA CONQUISTA DE ORÁN.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el hemisferio:
Las vencedoras sienas coronemos
Del sagrado laurel al que es espanto
Del infiel mauritano, al Marte ibero,
Ya ¿para cuándo quiero
Los himnos de alegría y las canciones,
Premio no vil que el coro de las nueve,
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
¿Para cuándo estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe,
Con las ondas suavísimas mezclado

De la Castalia fuente el labio solo
De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?
Una selva de pinos y de abetes
Cubrió la mar, angostá á tanta quilla:
Para henchir tanta vela faltó viento;
De flámulas el aire y gallardetes
Poblado divisó desde la orilla,
Pálido el africano y sin aliento;
Del húmedo elemento
Dividiendo los líquidos cristales,
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
Alzó airado la frente,
De ovas coronada y de corales:
«¿Quién me agobia con tanta pesadumbre
La espalda? ¿Hay quien intente
Poner tal vez en nueva servidumbre
Mi libre imperio? O ¿por ventura alguno
Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?»
Así decia el dios. Las españolas
Proras en tanto del undoso seno
Iban cortando la salada espuma;
Humildes retirábanse las olas;
Céfiro por el cielo ya sereno
Batía en torno su ligera pluma.
¿Adónde irá la suma
De tanto alado pino? ¿Hay otro mundo
Que el español intrépido someta?
¿Hay otros que acometa
Riesgos por el Océano profundo?
¿Si es que al soberbio inglés moverá guerra,
O si verá otra vez la Etnisia tierra?
¿Adónde ha de ir, sino es donde le llama
La santa fe, la verdadera fama?
Estremecióse el africano suelo,
Y temblaron de Orán torres y almenas,

Del formidable vencedor á vista ;
En vano á la mezquita erróneo celo
Trae madres y esposas, de horror llenas,
A rogar que Mahoma las asista.
No hay poder que resista
Al ímpetu y ardor del leon de España,
Que vino, vió y venció ; y el agareno
Probó, de susto lleno,
A un tiempo amago y golpe de su saña,
Cual suele ver, no sin mortal desmayo,
Rasgarse en ronco trueno
Las pardas nubes, y abortar el rayo,
El pasmado pastor, y todo junto
Arder cielo y encina á un mismo punto.

Reconocen los bárbaros adarves
El ya noto pendon que se enarbola
Con armas de Castilla y celtiberas ;
Gimen de pena y rabia los alarbes ,
Al ver que el viento plácido tremola
Con respeto la cruz de las banderas.
De escuadras lisonjeras,
De alados paraninfos cortejada ,
Entra la Fe triunfante por las puertas ,
Ahora de nuevo abiertas
Por el cielo de España y por su espada.
Huye del Alcoran el falso rito ,
Y abandona desiertas
Las mezquitas infames ; y bendito
El lugar profanado y templo inculto ,
Vuélvese á consagrar en mejor culto.

Estas ¡oh noble España! son tus artes :
Al cielo dirigir guerras y paces ,
Pelear y vencer sólo por Cristo.
Del orbe entero ya las cuatro partes,
Siempre invencibles, discurrir tus haces

Por la sagrada religion han visto.
Por tí, desde Calisto
Hasta el opuesto polo, en trecho inmenso,
Al verdadero Dios el indio adora,
Y el que en la tierra mora
Donde al cruel Pluton se daba incienso,
Por tí del Evangelio arrebolada,
Con mejor luz la aurora
Del Ganges sale; por tí da la entrada
A nuestra fe la más remota playa
Del Japon, de la China y de Cambaya.
Por tí, de hoy más, el bárbaro numida,
El de Getulia y el feroz masilo
Dejarán la impía secta y ritos vanos;
Renacerán á más felice vida
Cuantos habitan entre Lixo y Nilo
Abrazando la ley de los cristianos;
Con tratos más humanos
El togado español pondrá sus leyes
Entónces al morisco vasallaje,
Y párias y homenaje
Recibirá de los vencidos reyes.
La piedad, el valor, la verdadera
Virtud y el nuevo traje
Aprenderá la Libia prisionera;
Y sabiendo imitar, sin otra cosa,
Su misma esclavitud la hará dichosa.
Sulcará el industrioso comerciante
El libre mar Tirreno y el Egeo,
Sin temor de mazmorra ó de grillete.
¿ Si diré lo que mandas que ahora cante,
¡ Oh Febo ! ó dejaré que lo que veo
Claro en la edad futura otro interprete?
El andaluz jinete
Beberá del Cedron, el santo muro

Libertado será, y el fiel devoto
Podrá cumplir su voto,
De tiranos insultos ya seguro.
Tendrá la España, más que un tiempo Roma,
De su imperio en el coto,
El marfil indio y el sabeo aroma
Para las aras y el sagrado fuego :
Vén, oh dichosa edad, pero vén luégo.

De tu antiguo valor así no olvides
Los ilustres ejemplos, patria mia,
Léjos del ocio y de extranjera pompa ;
Ame el fuerte mancebo armas y lides,
Y en vez de afeminada melodía,
Guste sólo del parche y de la trompa.

Ambos ijares rompa
Con la espuela el bridon ; con pecho fuerte,
Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,
Y por la brecha ascienda

A buscar y vencer la misma muerte ;
O aprenda á domeñar del mar la furia,
O á moderar la rienda
Del gobierno político en la curia,
Dejando en guerra y paz clara memoria :
Así se sube al templo de la gloria.

Pues ya tanto tu vuelo se remonta,
Cancion, ligera y pronta,
Vé de Orán á la playa,
Y allá tambien contigo al campo vaya
Este aplauso primero ;
Y dí en mi nombre al vencedor ibero,
Que si por dicha tanto
Como ya su valor puede mi canto,
Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,
Será eterna su fama en todo el orbe.

FRAY DIEGO GONZALEZ.

EL MURCIÉLAGO ALEVOSO.

INVECTIVA.

Estaba Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento,
Con gracioso talento,
Una tierna cancion; y porque en ella
Satisfacer á Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente expresion le encarecia
El fuego que en su casto pecho ardia.
Y estando divertida,
Un murciélagu fiero, ¡suerte insana!
Entró por la ventana.
Mirta dejó la pluma, sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la cancion, los versos bellos
De borrones llenó por recogerlos.
Y Delio, noticioso
Del caso que en su daño habia pasado,

Justamente enojado
Con el fiero murciélago alevoso,
Que habia la cancion interrumpido
Y á su Mirta afligido,
En cólera y furor se consumia,
Y así á la ave funesta maldecia:
« Oh monstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave,
Vision nocturna grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla y de la noche fria,
¿Qué tienes tú que hacer donde está el dia?
»Tus obras y figura
Maldigan de comun las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada dia á la alba pura;
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y á su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda
Que á un murciélago vil suceder pueda.
»La lluvia repetida,
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan sólo reservada
A las noches, se oponga á tu salida;
O el relámpago pronto reluciente
Te ciegue y amedrente;
O soplando del Norte recio el viento,
No permita un mosquito á tu alimento.
»La dueña melindrosa,
Tras el tapiz do tienes tu manida,
Te juzgue, inadvertida,
Por telaraña sucia y asquerosa,
Y con la escoba al suelo te derribe;

Y al ver que bulle y vive
Tan fiera y tan ridícula figura,
Suelte la escoba y huya con presura.

»Y luégo sobrevenga
El jugueton gatillo bullicioso,
Y primero medroso
Al verte se retire y se contenga,
Y bufe y se espeluzne horrorizado,
Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los piés apenas toque el suelo.

»Mas luego recobrado,
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo anido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento

Que en tí llegue á notar su perspicacia,
Le provoque al asalto y le dé audacia.

»En fin, sobre tí venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces á lo alto.

»Y acuda á tus chillidos
El muchacho, y convoque á sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos;
Que á todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que ya la edad ó la cultura
Nos dan humanidad y más cordura.

»Entre con algazara
La pueril tropa, al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oírte chillar alcen el grito.
¡Y te llamen maldito!
Y creyéndote al fin del diablo imágen,
Te abominen, te escupan y te ultrajen.

»Luego por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas,
Y se ríen con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y á tus tristes querellas ponderadas
Correspondan con fiesta y carcajadas.

»Y todos bien armados
De piedras, de navajas, de agujones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados
(De diversion y fiesta ya rendidos),
Te embistan atrevidos,
Y te quiten la vida con presteza,
Consumando en el modo su fiereza.

»Te puncen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen,
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.

»Y las supersticiones,
De las viejas creyendo realidades,
Por ver curiosidades,



En tu sangre humedezcan algodones,
Para encenderlos en la noche oscura,
Creyendo sin cordura
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.

»Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori, gori, cantando,
Y en dos filas delante se compongan,
Y otros, fingiendo voces lastimeras,
Sigán de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso
Al muladar más sucio y asqueroso;

»Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

EPITAFIO.

»Aquí yace el murciélago alevoso
Que al sol horrorizó y ahuyentó el día.
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía.
No sigas, caminante, presuroso,
Hasta decir sobre esta losa fría:
Acontezca tal fin y tal estrella
A aquel que mal hiciere á Mirta bella.»

A MELISA.

SUEÑOS.

Soñaba yo, Melisa
(Ya que quieres saber lo que soñaba),
Soñaba yo que en un ameno prado
Andabas tú con prisa
Tejiendo de las flores que brotaba
Una guirnalda, y luego con agrado
(¡Oh favor no esperado!)
Con ella frente y sienes me ceñías,
Y con rostro halagüeño me decías:
«A ti solo, entre todos los pastores,
Se deben los honores.
Yo, Delio, por tí muero,
Y en el amor á todos te prefiero.»
Con el extraño gozo,
El corazón del centro se salía,
Y al fin me despertó con su latido,
Bañado en alborozo.
Mas luego me acordé que en cierto día
Este favor á Antimio has concedido,
Y á mí le has preferido;
Pues le diste de Apolo los honores,
Por más que murmuraron los pastores.
Y apenas hube aquesto recordado,
Me volví de otro lado,
Y con cólera y ceño
Maldije la vigilia, alabé el sueño.
Volví á quedar dormido,
Y sentado me hallé junto á una fuente,
Mirando su murmullo muy atento;

Y estando divertido,
Allí llegaste apresuradamente,
Pidiendo de beber, y yo al momento
Un vaso te presento,
Y dices tú con risa y burla mía:
«No es ésa, Delio, el agua que pedía;
La sed que yo padezco es amorosa;
Y siempre codiciosa
De tus eternos lazos,
Sólo pueden templarla tus abrazos.»

Yo, viendo mi ventura,
Fuí á lograrla, los brazos extendidos,
Y cayó de mi mano el frágil vaso
Sobre una peña dura,
Y el golpe me reduce á los sentidos;
Y vuelto bien en mí por este acaso,
En mi memoria paso
Las veces que esta dicha repetías
A tu Antimio, y á mí te resistías,
De nueva faz de religion armada;
Y viéndote entregada
En brazos de otro dueño,
Maldije la vigilia, alabé el sueño.

Volví la vez tercera
A dormir, y soñé que con gran prisa
Tocabas con la aldaba á mi postigo,
Diciendo desde afuera:
«Abre, no temas nada; soy Melisa,
Que me vengo á vivir siempre contigo
En lazo eterno amigo;
Tendremos ya los dos comun el techo,
El ajuar, el vivir, la mesa, el lecho.
En uno juntaremos los ganados,
Que con bienes doblados,
Y con paz juntamente,

Pasarémos la vida dulcemente.»

Yo, de mi dicha cierto,
Dejo el lecho, dormido, apresurado;
Desatinando, ruedo la escalera,
Y en el zaguan despierto,
Bañado el rostro en sangre y maltratado;
Y vi que esta ventura (¡oh suerte fiera!)
Imposible me era,
Pues el lazo que á mí me prometias,
Tratado con Antimio lo tenias;
Y aunque quedé del sueño mal herido,
Más que de él, ofendido
De la verdad, con ceño
Maldije la vigilia, alabé el sueño.

Estas dichas soñaba
En una misma noche, interrumpida
Tres veces; y aunque el bien fingido era,
Ansioso deseaba
Que, ya que sólo el sueño fué mi vida,
Mi vida un continuado sueño fuera.
¡Oh, si siempre durmiera!
Sólo el sueño me hiciera venturoso;
Mas, pues vivir velando me es forzoso,
Sufrir será preciso tus rigores;
Y al ver que en tus amores
Vanamente me empeño,
Maldigo la vigilia, alabo el sueño.

A MELISA.

CANCION.

Andando yo cazando,
Vi una blanca paloma, que batia
Las alas con extraño movimiento,
Y luégo fui notando
Que por linea derecha descendia
Hácia la boca de un dragon hambriento,
El cual, con torpe aliento,
Habia su vigor entorpecido,
Y hácia sí la atraia sin sentido,
Con tal dulzura y suavidad tan rara,
Que si yo no llegára
Tan oportunamente,
Fuera despojo de su crudo diente.

Compadecido de ella,
Disparé mi arcabuz, y dividida
La columna de aliento que mediaba,
Cayó á mis piés la bella
Paloma, si no muerta, atontecida.
Yo la puse en mi pecho y fomentaba,
Por ver si en sí tornaba;
Mas ella, apénas se hubo recobrado,
Despues de haberme el cor^{azon} robado,
Hácia la fiera boca alzó su vuelo,
Y con tanto desvelo
Por ella se ha metido
Como pudiera por su amado nido.

Estando en mi majada,
Entregados al sueño los mastines,
Vi que un lobo sagaz acometia

A una cordera amada,
Que estaba del rebaño en los confines.
Yo, que más que á las otras la queria,
Tras el lobo, que huia
Con el robo, sigüiendo fuí con priesa;
Y del hambriento diente hurté la presa,
Pero tan maltratada, que mirando
La sangre amancillando
Del vellon la blancura,
Me llenó las entrañas de ternura.

Con bálsamo oloroso
Sus heridas curé, compadecido,
Y desde entónces mucho más la amaba.
Mas ¡ caso prodigioso!
Apénas hubo bien convalecido,
Volvió el lobo fatal, que la buscaba,
Y el ganado acechaba,
Y luégo que lo vido la cordera,
De mis brazos saltó ¡ quién lo creyera!
Y fué sigüiendo en pos del lobo hambriento
Con balido y lamento,
Y tan apresurada
Como pudiera tras su madre amada.

Viniendo de camino,
Vi un cazador astuto que tenía
En redes várias aves encerradas,
Cuyo arte peregrino
Con fingido reclamo las traia,
Y á un engañoso cebo aficionadas:
Del daño no avisadas,
Se entraban en las redes con anhelo,
Pensando hallar su paz y su consuelo.
Vi entre ellas una tórtola tan bella,
Que, enamorado de ella,
Deseando lograrla,

Di todo mi caudal por rescatarla.

Llevémela en el pecho

A mi aldea, que cerca de allí estaba,

Y yo la regalaba con cuidado,

Y estando satisfecho

De que ella mis halagos estimaba,

Luégo que ya me vido confiado,

Con vuelo acelerado

Caminó hácia la red en derechura,

Y en ella volvió á entrarse sin cordura.

Yo en vano fui á cobrarla presuroso,

Porque al hombre alevoso,

Por más que le decia,

No pude persuadirle que era mia.

Melisa, si entendieras

Lo que quieren decir estas visiones,

No fuera quien las vió tan desdichado ;

Entónces conocieras

Las astucias, engaños y traiciones

De que Delio prudente te ha librado,

Y hubieras estimado

Su mucha diligencia y mucho celo ;

Pero al fin la verdad quitará el velo

Al engaño, y verás que aquel amante,

A quien pagas constante

De tu amor el tributo,

Es dragon, lobo y cazador astuto.

Á UNA SEÑORA

QUE SE QUEJABA DE QUE HUBIESEN TRATADO
Á OTRA ÁNTES QUE Á ELLA.

Si un caminante penára
De sed, y junto al camino,
Por acaso peregrino
Una fuentecilla hallára,
Y no siendo la más clara
El agua, bebiera aquí,
Aunque no léjos de allí
Otra mejor agua hubiera,
¿Extrañarás que bebiera?
Pues esto me pasa á mí.

Si un infeliz naufragára,
Y á una tabla que encontrase,
Gustoso la mano echase
Y así la vida salvára;
¿Hubiera quién lo extrañára,
Ni juzgára frenesi
Porque tal vez por allí
Pasar un barco pudiera
Que al puerto le condujera?
Pues esto me pasa á mí.

Yo soy aquel caminante
A quien la sed desalienta,
Y en amorosa tormenta
Soy infeliz naufragante.
Ya os he dicho lo bastante
En comparaciones dos;

Hablad, Señora, por Dios,
Que ese silencio me abrasa;
Eso es lo que á mí me pasa;
Decid lo que os pasa á vos.

A UN MAL ORADOR SAGRADO.

SONETO.

Botijo con bonete clerical,
Que viertes la doctrina á borbollon,
Falto de voz, de afectos, de emocion;
Lleno de furia, ardor y ódio fatal;
La cólera y despique por igual
Dividen en dos partes tu sermon,
Que, por tosco, punzante y sin sazón,
Debieras predicárselo á un zarzal.
¿Qué prendas de orador en tí se ven?
Zazoso acento, gesto pastoril,
El metal de la voz cual de sartén,
Tono uniforme cual de tamboril.
Para orador te faltan más de cien;
Para arador te sobran más de mil.

Á LA NOCHE, PINTADA POR J. VERNET,

DÉCIMA.

¿A qué luz examinaste,
Gran Vernet, la noche oscura,
Que en tu famosa pintura
Tan al vivo la copiaste?
Si de noche la pintaste,
¿Qué luz tu pincel guió?
Si de día, no sé yo
Cómo tanta oscuridad,
Juzgándola realidad,
Su luz no la disipó.

JOSÉ CADALSO.

A MELENDEZ VALDÉS.

CANCION.

Sigue con dulce lira
El metro blando y amoroso acento

Que el gran Febo te inspira,
Pues Vénus te da aliento
Y el coro de las Musas te oye atento.

Sigue, jóven gracioso,
De mirto, grato á Vénus, coronado,
Y quedará envidioso
Aquel siglo dorado
Por Lasos y Villegas afamado.

Dichosa la zagala
A quien le sea dado el escucharte,
Pues tu musa la iguala
Con la diosa de Marte:
Tal es la fuerza de tu ingenio y arte.

Aunque más dura sea
Que mármoles ó jaspes de Granada,
Cual otra Galatea,
O sea más helada
Que fuente por los hielos estancada;

Al punto que te oyere,
Te admitirá en su cándido regazo;
Si tu voz prosiguere,
Te estrechará su brazo,
Y amor aplaudirá tan dulce lazo;

Y las otras pastoras,
De envidia correrán por selva y prado,
Y verá la que adoras
El triunfo que ha ganado
Por haber tus ternezas escuchado.

Mas ¡ay de aquellos necios
Que intenten competir con tu blandura!
Sólo verán desprecios
De aquella hermosura
Que una vez escucháre tu dulzura.

Dirán su rabia y celos,
En el bosque más lóbrego metidos,

Injuriando á los cielos ;
Y oyendo sus gemidos ,
Responderán las fieras con bramidos.

Entrada del averno
Parecerá aquel bosque desdichado ;
Y do tu metro tierno
Hubiere resonado ,
El campo que á los buenos dará el hado.

Pasó mi primavera
(Los años gratos al amor y Febo
¡Quién revocar pudiera !)
Y á juntar no me atrevo .
Mi voz cansada con tu aliento nuevo.

Si no, yo cantaría
Al tono de tu lira mis amores ,
Y al tono de la mia
Cantáras entre flores ,
Como suelen acordes ruisseñores.

Sigue, sigue cantando ;
No pierdas tiempo de tu edad florida ;
Que yo voy acabando
Mi fastidiosa vida ,
En milicia y en córtés mal perdida.

En alas de la fama
Tus versos llegarán á mis oídos.
Si la trompa me llama
A los mares vencidos
Y á los indios de Apache embravecidos ,

O al antártico polo
Llevando las banderas del gran Cárlos ,
Diráme siempre Apolo
Tus versos, y á escucharlos
Acudirán los pueblos, y á alabarlos.

Ni el estrépito horrendo
De Neptuno, que ofrece muerte impía,

Ni de Marte el estruendo
Turbará el alma mía
Si suena en mis oídos tu armonía.
Aun cuando dura parca
Mayores plazos á mi vida niegue,
Y en la fúnebre barca,
Por la Estigia navegue,
Y á las delicias del Eliseo llegue,
Oiré cuando Catulo,
A la sombra de un mirto recostado,
Con Propercio y Tibulo
Lea, maravillado,
Los versos que la musa te ha dictado;
Cuando acudan ansiosos
Laso y Villegas al sonoro acento,
Repitiendo, envidiosos:
«¡Qué celestial portento!
¿A quién ha dado Apolo tanto aliento?»
Y yo, siendo testigo
De tu fortuna, que tendré por mía,
Diré: «Yo fui su amigo,
Y por tal me quería,
Y en dulcísimos versos lo decía.»
Haránme mil preguntas,
Puesto en medio de todos: «De quién eres,
Y cuántas gracias juntas,
Y á qué zagala quieres,
Y cómo baila cuando el plectro hieres.»
Y con igual ternura
Que el padre cuenta de su hijo amado
Las gracias y hermosura,
Y se siente elevado
Cuando le escuchan todos con agrado,
Responderé cantando
Tu nombre, patria, genio y poesía,

Y asombraránse cuando
Les diga tu elegía
A la memoria de la Filis mia.

Á CUPIDO.

Niño temido por los dioses y hombres,
Hijo de Vénus, ciego amor tirano,
Con débil mano vencedor del mundo,
Dulce Cupido,
Quita del arco la fatal saeta,
Deja mi pecho que con fuerza heriste
Cuando la triste, la divina Filis
Me dominaba.

Desde que el hilo de su dulce vida
Por dura parca feneció cortado,
Desde que el hado la llevó á la sacra
Cumbre de Olimpo;

Cuando constante con promesa justa
De que ella sola me sería cara
Aunque pasára las estigias olas
Con Aqueronte;

De negros lutos me vestí llorando,
Y de cipreses coroné mi frente;
Eco doliente me llevó con quejas
Hasta su tumba.

Sobre la losa, que regué con sangre
De una paloma negra y escogida,
Fué repetida por mi voz la sacra
Justa promesa.

«Sacra ceniza, repetí mil veces ;

Sombra de Filis, si mi pecho adora
A otra pastora desde la tremenda

Lóbrega noche,
Haz que á mi falso corazon asombre
Cuanto las cuevas del averno ofrecen,
Cuanto padecen los malvados, quanto
Sísifo sufre.

Júrolo, Filis, por tu amor y el mio,
Por Vénus misma, por el sol y luna,
Por la laguna que venera el padre
Omnipotente.»

Las losas duras, á mi acento triste,
Mil veces dieron ecos horrorosos,
Y de dudosos aires resonaron

Túmulo y ara.

Dentro del mármol una voz confusa
Dijo: *Dalmiro, cumple lo jurado;*

Quedé asombrado sin mover los ojos,
Pálido, yerto.

Temo, si rompo tan solemnes votos,
Que Jove apure su rigor conmigo,
Y otro castigo que el de ser llamado
Pérfido, aleve.

Entre los brazos de mi nuevo amante
Temo la imágen de mi antiguo dueño;
Ni alegre sueño, ni tranquilo dia
Ha de dejarme.

En vano Clóris (cuyo amor me ofreces),
Y á cuyo pecho mi pasion inclinas,
Pone divinas perfecciones juntas
Ante mis ojos.

Ante mi vista se aparece Filis,
En mis oidos su lamento suena;
Todo me llena de terror y espanto;
Tímido caigo.

Lástima causen á tu pecho ¡oh niño!
Las voces mías, mis dolientes voces,
Y si conoces el dolor que causas,
Lástima tenme.

La nueva antorcha que encendiste apaga,
Y mi constante corazón respire;
Haz que no tire tu invencible mano
Otra saeta.

¡Ay, que te alejas y me siento herido!
Ardo de amores, y con presto vuelo
Llegas al cielo y á tu madre cuentas
Tu tiranía.

CUARTETAS.

De este modo ponderaba
Un inocente pastor
A la ninfa á quien amaba
La eficacia de su amor:
« ¿ Ves cuántas flores al prado
La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Más veces te quiero yo.

» ¿ Ves cuánta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,
Más veces te quiero yo.

» ¿ Ves al salir de la aurora
Cuánta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Más veces te quiero yo.



» ¿ Ves la nieve derretida
Cuánto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
Más veces te quiero yo.

» ¿ Ves cuánta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Más veces te quiero yo.

» ¿ Ves cuántas gracias la mano
De las deidades te dió?
Pues mira, dueño tirano,
Más veces te quiero yo.»

SONETOS.

Todo lo muda el tiempo, Filis mia ;
Todo cede al rigor de sus guadañas :
Ya trasforma los valles en montañas,
Ya pone campo donde mar habia.

Él muda en noche opaca al claro día,
En fábulas pueriles las hazañas,
Alcázares soberbios en cabañas,
Y el juvenil ardor en vejez fria.

Doma el tiempo al caballo desbocado,
Detiene el mar y viento enfurecido,
Postra al leon y rinde al bravo toro.

Sola una cosa al tiempo denodado
Ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
Y es el constante amor con que te adoro.

¡A cuánto susto el cielo te condena,
Oh género mortal, flaco y cuitado!
Se espantan unos en el mar salado,
Y tiemblan otros cuando Jove truena.

Otros, si el eco del leon resuena;
Otros, cuando el magnate está irritado;
Otros, cuando en la cárcel han pasado
Dias y noches tristes con cadena.

Yo solo discurrí no temblaria
Al trueno, ni al leon, ni al poderoso,
Ni á la prision, ni á todo el orbe entero.

Mas se engañó mi débil fantasía:
El rostro de mi Filis, desdeñoso,
Me cubre de terror, temblando muero.

No basta que en su cueva se encadene
El uno y otro proceloso viento,
Ni que Neptuno mande á su elemento
Con el tridente azul que se serene,

Ni que Amaltea el fértil campo llene
De fruta y flor, ni que con nuevo aliento
Al eco den las aves dulce acento,
Ni que el arroyo desatado suene.

En vano anuncias, verde primavera,
Tu vuelta, de los hombres deseada,
Triunfante del invierno triste y frio.

Muerta Filis, el orbe nada espera,
Sino niebla espantosa, noche helada,
Sombras y sustos como el pecho mio.

LETRILLA.

*De amores me muero ;
Mi madre, acudid ;
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.*

Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,
Que fué el primer día
Del florido Abril,
Y chicas y chicos
Me suelen decir :
« ¿ Por qué no te casan,
Mariquilla ? Di. »

De amores me muero, etc.

Ya sé, madre mía,
Que allá en el jardín,
Estando á mis solas,
Espacio me vi
En el espejito
Que me dió en Madrid
Las ferias pasadas,
Mi primo Luis ;

De amores me muero, etc.

Miréme y miréme
Cien veces y mil,
Y dije, llorando :
« ¡ Ay pobre de mí !
¿ Por qué se malogra
Mi dulce reir
Y tiernas miradas ?
¡ Ay, niña infeliz ! »

De amores me muero, etc.

Y luégo en mi pecho

Una voz oí,

Cual cosa de encanto,

Que empezó á decir:

« La niña soltera

¿ De qué ha de servir?

La vieja casada

Aun es más feliz. »

De amores me muero, etc.

Si por ese mundo

No quisieréis ir

Buscándome un novio,

Dejádmelo á mí;

Que yo hallaré tantos,

Que pueda elegir,

Y de nuestra calle

Yo no he de salir.

De amores me muero, etc.

Al lado vive uno

Como un serafín,

Que la misma misa

Que yo suele oír.

Si voy sola, llega

Muy cerca de mí,

Y se pone léjos

Si también venís.

De amores me muero, etc.

Me mira, le miro;

Si me vió, le vi

Ponerse más rojo.

Que el mismo carmin,

Y si esto le pasa

Al pobre, decid,

¿ Qué quereis, mi madre,

Que me pase á mí?

De amores me muero, etc.

En frente vive otro,
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir,
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver dónde llevo
Me suele seguir.

De amores me muero, etc.

Otro hay que pasea
Con aire gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil,
Y á nuestra criada
Le suele decir:
« ¡ Bonita es tu ama!
¿ Te habla de mí? »

De amores me muero;

*Mi madre, acudid,
Si no llegais pronto,
Veréisme morir.*

ANACREÓNTICAS.

Si el cielo está sin luces,
El campo está sin flores,
Los pájaros no cantan,
Los arroyos no corren,
No saltan los corderos,
No bailan los pastores,

Los troncos no dan frutos,
Los ecos no responden.....
Es que enfermó mi Filis
Y está suspenso el orbe.

¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa,
De pámpanos y hiedra
La cabeza ceñida,
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,
Que al són de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco,
El padre de las viñas.
Pues no, que es el poeta
Autor de esta letrilla.

Unos pasan, amigo,
Estas noches de Enero
Junto al balcon de Clóris,
Con lluvia, nieve y hielo;
Otros la pica al hombro,
Sobre murallas puestos,
Hambrientos y desnudos,
Pero de gloria llenos;
Otros al campo raso,

Las distancias midiendo
Que hay de Vénus á Marte,
Que hay de Mercurio á Vénus ;
Otros en el recinto
Del lúgubre aposento,
De Newton ó Descártes
Los libros revolviendo ;
Otros contando ansiosos
Sus mal habidos pesos ,
Atando y desatando
Los antiguos talegos.
Pero acá lo pasamos
Junto al rincon del fuego ,
Asando unas castañas ,
Ardiendo un tronco entero ,
Hablando de las viñas ,
Contando alegres cuentos ,
Bebiendo grandes copas ,
Comiendo buenos quesos ;
Y á fe que de este modo
No nos importa un bleo
Cuanto enloquece á muchos ,
Que serian muy cuerdos
Si hicieran en la córte
Lo que en la aldea hacemos.

Por no sé qué capricho,
Filis juró olvidarme ;
Pasados pocos dias,
Hizo otra vez las paces ;
Pero fué tan gustoso
Aquel feliz instante,
Que la digo mil veces :

« Filis, vuelve á olvidarme,
Con tal que á pocos dias
Vuelvas á hacer las paces. »

EPIGRAMAS.

Una vez Jove intentó
Una conquista imposible,
El oro la hizo factible;
Mil Joves conozco yo.

¡Vénus alegre y mocita,
Vulcano viejo y celoso,
Marte amigo del esposo,
Ay qué boda tan bonita!

En la cabeza le dió
Un palo Juan á Gines;
¿Y rompiósele? Al reves,
El palo se le rompió.
Gines era aragones.

Sólo murió de constante
La que está bajo esta losa;

Acércate, caminante,
Pues no murió tal amante
De enfermedad contagiosa.

El que está aquí sepultado,
Porque no logró casarse
Murió, de pena acabado ;
Otros mueren de acordarse
De que ya los han casado.

Una vieja ha fallecido
De amor, y aquí se enterró ;
Considere el advertido,
Si enamorada murió,
Qué tal habría vivido.

Este difunto era esposo
Y los celos le mataron ;
De ejemplar tan horroroso
Los demás escarmentaron,
Pues ya ninguno es celoso.

FELIX MARÍA SAMANIEGO.

FÁBULAS.

EL ZAGAL Y LAS OVEJAS.

Apacentando un Joven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado :
« ¡ Favor! que viene el lobo, labradores. »
Éstos, abandonando sus labores,
Acuden prontamente,
Y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve á clamar, y temen la desgracia ;
Segunda vez los burla. ¡ Linda gracia !
Pero ¿ qué sucedió la vez tercera ?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entónces el Zagal se desgañita,
Y por más que pateo, llora y grita,
No se mueve la gente escarmentada,
Y el lobo le devora la manada.

*¡ Cuántas veces resulta de un engaño,
Contra el engañador el mayor daño !*

EL GATO Y EL CAZADOR.

Cierto Gato, en poblado descontento,
Por mejorar sin duda su destino
(Que no sería Gato de convento)
Pasó de ciudadano á campesino.
Metióse santamente
Dentro de una covacha, mas no léjos
De un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente
Si el novel ermitaño
Probaria la hierba en todo el año.
Lo mejor de la caza devoraba,
Haciendo mil excesos ;
Mas al fin, por el rastro que dejaba
De plumas y de huesos ,
Un Cazador lo advierte, le persigue,
Arma trampas y redes con tal maña,
Que al instante consigue
Atrapar la carnívora alimaña.
Llégase el Cazador al prisionero ;
Quiere darle la muerte ;
El animal le dice : —Caballero,
Duélase de la suerte
De un triste pobrecito ,
Metido en la prision, y sin delito.
—¿ Sin delito, me dices,
Cuando sé que tus uñas y tus dientes
Devoran infinitos inocentes ?
—Señor, eran conejos y perdices,
Y yo no hacía más, á fe de Gato,
Que lo que ustedes hacen en el plato.
—Ea, pícaro muere ;

Que tu mala razón no satisface.—

*Con que sea la cosa que se fuere,
¿La podrá usted hacer si otro la hace?*

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO.

A dos Amigos se aparece un Oso :
El uno, muy medroso,
En las ramas de un árbol se asegura ;
El otro, abandonado á la ventura,
Se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente ;
Mas como este animal, segun se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca,
No le siente el aliento,
Ni el menor movimiento,
Y así, se fué diciendo sin recelo :
«Éste tan muerto está cómo mi abuelo.»
Entónces el cobarde,
De su grande amistad haciendo alarde,
Del árbol se desprende muy ligero,
Corre, llega y abraza al compañero,
Pondera la fortuna
De haberle hallado sin lesion alguna,
Y al fin le dice : —Sepas que he notado
Que el Oso te decia algun recado.
¿Qué pudo ser?—Diréte lo que ha sido ;
Estas dos palabritas al oido :
*Aparta tu amistad de la persona
Que, si te ve en el riesgo, te abandona.»*

EL RATON DE LA CÔRTE Y EL DEL CAMPO.

Un Raton cortesano
Convidó con un modo muy urbano
A un Raton campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda,
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento,
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magníficamente preparado,
Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepan Primero*.
Sus sentidos allí se recreaban :
Las paredes y techos adornaban,
Entre mil ratonescas golosinas,
Salchichones, pernils y cecinas.
Saltaban de placer ¡ oh qué embeleso !
De pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situacion tan lisonjera
Llega la despensera.
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino ; mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto á diente.
« ¡ Esto tenemos ! dijo el campesino ;
Reniego yo del queso, del tocino
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos. »
Volvióse á su campiña en el instante,
Y estimó mucho más de allí adelante,

*Sin zozobra, temor ni pesadumbres,
Su casita de tierra y sus legumbres.*

EL ASNO Y EL LOBO.

Un Burro cojo vió que le seguia
Un Lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decia :

« Amigo Lobo, yo me estoy muriendo ;

» Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pié de que cojeo ;
Si yo no me valiese de herradores,
No me veria así como me veo.

» Y pues fallezco, sé caritativo ;
Sácame con los dientes este clavo,
Muera ya sin dolor tan excesivo,
Y cómeme despues de cabo á rabo.—

— » ; Oh ! dijo el cazador con ironía,
Contando con la presa ya en la mano,
No solamente sé la anatomía,
Sino que soy perfecto cirujano.

» El caso es para mí una patarata,
La operacion no más que de un momento ;
Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen Jumento. »—

Con su estuche moral desenvainado
El nuevo profesor llega al doliente ;
Mas éste le dispara de contado
Una coz que le deja sin un diente.

Escapa el cojo ; pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura :
« ¡ Ay infeliz de mí ! bien merecido

El pago tengo de mi gran locura.

»Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de Lobo carnicero ;
Pues si puedo vivir tan regalado,
¿ A qué meterme ahora á curandero ? »

*Hablemos en razon : no tiene juicio
Quien deja el propio por ajeno oficio.*

CONGRESO DE LOS RATONES.

Desde el gran *Zapiron*, el blanco y rubio,
Que despues de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Ha sido *Miauragato*

Quien más sangrientamente
Perseguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que, obligada
De su persecucion la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso.

Propuso el elocuente *Roequeso*
Echarle un cascabel, y de esa suerte
Al ruido escaparían de la muerte.

El proyecto aprobaron uno á uno,
¿ Quién lo ha de ejecutar ? Eso ninguno.

— « Yo soy corto de vista. — Yo muy viejo. —
Yo gotoso — decían. El congreso
Se acabó como muchos en el mundo.

*Proponen un proyecto sin segundo,
Lo aprueban, hacen otro : ¡ Qué portento !
Pero ¿ la ejecucion ? Ahí está el cuento.*

EL FILÓSOFO Y LA PULGA.

Meditando á sus solas cierto dia,
Ún pensador Filósofo decia :
«El jardin adornado de mil flores,
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando á todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para que la disfruten libremente
La oruga, el caracol, la mariposa :
No se persuaden ellos otra cosa.

» Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando.
El milano cazando
Saca la consecuencia :
Para mí los crió la Providencia.
El cangrejo, en la playa envanecido,
Mira los anchos mares, persuadido
A que las olas tienen por empleo
Sólo satisfacerle su deseo,
Pues cree que van y vienen tantas veces
Por dejarle en la orilla ciertos peces.
No hay, prosigue el Filósofo profundo,
Animal sin orgullo en este mundo.
El hombre solamente
Puede en esto alabarse justamente.

» Cuando yo me contemplo colocado

En la cima de un risco agigantado,
Imagino que sirve á mi persona
Todo el cóncavo cielo de corona.
Veo á mis piés los mares espaciosos,
Y los bosques umbrosos,
Poblados de animales diferentes,
Las escamosas gentes,
Los brutos y las fieras,
Y las aves ligeras,
Y cuanto tiene aliento
En la tierra, en el agua y en el viento;
Y digo finalmente : Todo es mio.
¡Oh grandeza del hombre y poderío!»
Una pulga que oyó con gran cachaza
Al Filósofo maza,
Dijo : «Cuando me miro en tus narices,
Como tú sobre el risco que nos dices,
Y contemplo á mis piés aquel instante
Nada ménos que al hombre dominante,
Que manda en cuanto encierra
El agua, viento y tierra,
Y que el tal poderoso caballero
De alimento me sirve cuando quiero,
Concluyo finalmente : Todo es mio.
¡Oh grandeza de Pulga y poderío!»
Así dijo, y saltando se le ausenta.

*De este modo se afrenta
Aun al más poderoso
Cuando se muestra vano y orgulloso.*

LA GATA CON CASCABELES.

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
Con un collar de grana
De pelo y cascabeles adornado.
Al ver tal maravilla,
Del alto corredor y la guardilla
Van saltando los gatos de uno en uno.
Congrégase al instante
Tal concurso gatuno
En torno de la dama rozagante,
Que entre flexibles colas arboladas
Apénas divisarla se podia.
Ella con mil monadas
El cascabel parlero sacudia ;
Pero cesando al fin el sonsonete,
Dijo que por juguete
Quitó el collar al perro su señora,
Y se le puso á ella.
Cierto que *Zapaquilda* estaba bella.
A todos enamora
Tanto, que en la gatesca compañía,
Cuál dice su atrevido pensamiento,
Cuál se encrespa celoso,
Riñen éste y aquél con ardimiento,
Pues con ánsia queria
Cada gato soltero ser su esposo.
Entre los arañazos y maullidos
Levántase *Garraf*, gato prudente,
Y á los enfurecidos
Les grita : « Novel gente,
Gata con cascabeles por esposa !

¿Quién pretende tal cosa?
¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta,
Y que la dama hambrienta
Necesita sin duda que el marido,
Ausente y aburrido,
Busque la provision en los desvanes,
Mientras ella, cercada de galanes,
Porque el mundo la vea,
De tejado en tejado se pasea?»
Marchóse *Zapaquilda* convencida,
Y lo mismo quedó la concurrencia.
*¡Cuántos chascos se llevan en la vida
Los que no miran más que la apariencia!*

LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza
Una Lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte :
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decia entre sí de esta manera :
«Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero,
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero

Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el *pio, pio*.

»Del importe logrado
De tanto pollo mercaré un cochino ;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña engordará sin tino ;
Tanto, que puede ser que yo consiga
Ver cómo se le arrastra la barriga.

» Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero,
Compraré de contado,
Una robusta vaca y un ternero,
Que salte y corra toda la campaña,
Hasta el monte cercano á la cabaña. »

Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡ Pobre Lechera !
¡ Qué compasion ! Adios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.

¡ Oh loca fantasía,
Que palacios fabricas en el viento !
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna ;
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.

*No anheles, impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.*

EL CHARLATAN.

«Si cualquiera de ustedes
Se da por las paredes
O arroja de un tejado,
Y queda, á buen librar, descostillado,
Yo me reiré muy bien : importa un pito,
Como tenga mi bálsamo exquisito.»
Con esta relacion un chacharero
Gana mucha opinion y más dinero ;
Pues el vulgo, pendiente de sus labios,
Más quiere á un charlatan que á veinte sabios.
Por esta conveniencia
Los hay el dia de hoy en toda ciencia,
Que ocupan, igualmente acreditados,
Cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso
Doctor en elocuencia, tan copioso
En charlatanería,
Que ofreció enseñaría
A hablar discreto con fecundo pico,
En diez años de término á un borrico.
Sábelo el Rey : lo llama, y al momento
Le manda dé lecciones á un jumento ;
Pero bien entendido
Que sería, cumpliendo lo ofrecido,
Ricamente premiado ;
Mas cuando no, que moriria ahorcado.
El doctor asegura nuevamente
Sacar un orador asno elocuente.
Dícele callandito un cortesano :
— Escuche, buen hermano ;
Su frescura me espanta ;

¿A cáñamo me huele su garganta.—
— No temais, señor mio,
Respondió el Charlatan, pues yo me río.
¿En diez años de plazo que tenemos,
El Rey, el asno ó yo nos moriremos?—
*Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios; más no advierte
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.*

EL LEOPARDO Y LAS MONAS.

No á pares, á docenas encontraba
Las Monas en Tetuan, cuando cazaba,
Un Leopardo. Apénas lo veían,
A los árboles tódas se subían,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir: No están maduras.
El cazador, astuto, se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto.
Hasta las viejas Monas,
Alegres en el caso y juguetonas,
Empiezan á saltar; la más osada
Baja, arrímase al muerto de callada,
Mira, huele y áun tienta,
Y grita muy contenta:
«Llegad, que muerto está de todo punto,
Tanto, que empieza á oler el tal difunto.»
Bajan todas con bulla y algazara:
Ya le tocan la cara,
Ya le saltan encima,
Aquélla se le arrima,

Y haciendo mimos á su lado queda ;
Otra se finge muerta y lo remeda.
Mas luégo que las siente fatigadas
De correr, de saltar y hacer monadas ,
Levántase ligero ,
Y más que nunca fiero ,
Pilla, mata, devora, de manera
Que parecia la sangrienta fiera,
Cubriendo con los muertos la campaña,
Al Cid matando moros en España.

*Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño, porque intenta,
Inspirando confianza,
Asegurar su golpe de venganza.*

EL LOBO Y EL PERRO.

En busca de alimento
Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento.
Encontró con un Perro tan relleno ,
Tan lúcio, sano y bueno ,
Que le dijo : — Yo extraño
Que estés de tan buen año
Como se deja ver por tu semblante ,
Cuando á mí, más pujante ,
Más osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte. —
El Perro respondió : — Sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado,
Retírate á poblado ,
Servirás de portero

A un rico caballero,
Sin otro afán ni más ocupaciones
Que defender la casa de ladrones.
— Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho más estoy curtido.
Así me libraré de la fatiga,
A que el hambre me obliga,
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas y calores.—
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Varios puntos tratando en confianza,
Pertenecientes á llenar la panza.
En esto el Lobo, por algun recelo,
Que comenzó á turbarle su consuelo,
Mirando al Perro, dijo : — He reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Dime : ¿ Qué es eso ?— Nada.
— Dímelo, por tu vida, camarada.
— No es más que la señal de la cadena ;
Pero no me da pena,
Pues aunque por inquieto
A ella estoy sujeto,
Me sueltan cuando comen mis señores,
Recíbenme á sus piés con mil amores,
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada,
Este lo mal asado,
Aquél un hueso poco descarnado,
Y aún un gloton, que todo se lo traga,
A lo ménos me halaga,
Pasándome la mano por el lomo :
Yo meneo la cola, callo y como,

Todo eso es como yo te lo confieso.
—Pero por fin y al cabo tú estás preso,
Jamás sales de casa,
Ni puedes ver lo que en el mundo pasa.
—Es así.—Pues amigo,
La amada libertad que yo consigo
No he de trocarla de manera alguna.
Por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha, á vivir encarcelado ;
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente,
Aunque tú comas tan glotonamente
Pan, tajadas y huesos, porque al cabo
No hay bocado en sazón para un esclavo.—

EL CHARLATAN Y EL RÚSTICO.

«Lo que jamás se ha visto ni se ha oído
Verán ustedes ; atención les pido.»
Así decía un Charlatan famoso,
Cercado de un concurso numeroso.
En efecto, quedando todo el mundo
En silencio profundo,
Remedó á un cochinillo de tal modo,
Que el auditorio todo,
Creyendo que lo tiene y que lo tapa,
Atumultuado grita: ¡*Fuera capa!*
Descubrióse, y al ver que nada había,
Con vítores lo aclaman á porfía.
«Pardiez, dijo un patán, que yo prometo
Para mañana, hablando con respeto,
Hacer el puerco más perfectamente ;

Si no, que me la claven en la frente.)
Con risa prometió la concurrencia
A burlarse del payo su asistencia.
Llegó la hora, todos acudieron.
No bien al Charlatan gruñir oyeron,
Gentes á su favor preocupadas,
¡Viva! dicen, al són de las palmadas.
Sube despues el Rústico al tablado
Con un bulto en la capa, y embozado
Imita al Charlatan en la postura
De fingir que un lechon tapar procura;
Mas estaba la gracia en que era el bulto
Un marranillo que tenía oculto.
Tírale callandito de la oreja,
Gruñendo en tiple el animal se queja;
Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
Aquí se oía un *fuera*, allí un silbido,
Y todo el mundo queda
En que es el otro quien mejor remeda.
El Rústico descubre su marrano;
Al público le enseña, y dice ufano:
«¿Así juzgan ustedes?»
¡Oh preocupacion, y cuánto puedes!

EL LOBO Y LA OVEJA.

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto Lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fué de sus enemigos cruelmente;

Quedó con vida milagrosamente,
Mas inválido, al fin, y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia,
El hambre al mismo tiempo le afligia;
Peró como cazar áun no podia,
Con las hierbas hacia penitencia.

Una oveja pasaba, y él la dice:

— Amiga, vén acá, llega al momento;
Enfermo estoy y muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice. —

— ¿Agua quieres que yo vaya á llevarte ?

Le responde la Oveja recelosa;

Dime, pues, una cosa :

¿ Sin duda que será para enjuagarte ,

Limpia bien el garguero ,

Abrir el apetito

Y tragarme despues como á un pollito ?

Anda, que te conozco , marrullero. —

Así dijo, y se fué ; si no , la mata.

¡Cuánto importa saber con quién se trata!

LOS GATOS ESCRUPULOSOS.

¡Qué dolor! por un descuido

Micifuf y Zapiron

Se comieron un capon ,

En un asador metido.

Despues de haberse lamido ,

Trataron en conferencia

Si obrarian con prudencia

En comerse el asador.

*¿Le comieron? No señor.
Era caso de conciencia.*

LOS ANIMALES CON PESTE.

En los montes, los valles y collados,
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Allí, donde su córte el Leon tenía,
Mirando cada día
Las cacerías, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veían los campos ya cubiertos
De enfermos miserables y de muertos.
— Mis amados hermanos,
Exclamó el triste Rey, mis cortesanos,
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga:
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel más delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado.
Yo, cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros,
Y he sido, á fuerza de delito tanto,
De la selva terror, del bosque espanto.
— Señor, dijo la Zorra, en todo eso
No se halla más exceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna

De teñir en la sangre ruin, indigna,
De los viles cornudos animales
Los sacros dientes y las uñas reales.—
Trató la córte al Rey de escrupuloso.
Allí del Tigre, la Onza y áun el Oso
Se oyeron confesiones
De robos y de muertes á millones ;
Mas entre la grandeza sin lisonja,
Pasaron por escrúpulos de monja.
El Asno, sin embargo, muy confuso,
Prorumpió:—Yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano,
Yo hambiento y él lozano,
Sin guarda ni testigo,
Caí en la tentacion: comí del trigo.
—¡ Del trigo ! ¡y un Jumento !
Gritó la Zorra, ¡horrible atrevimiento !—
Los cortesanos claman : — Este, éste,
Irrita al cielo, que nos da la peste.—
Pronuncia el Rey de muerte la sentencia,
Y ejecutóla el Lobo á su presencia.
Te juzgarán virtuoso,
Si eres, aunque perverso, poderoso ;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre y miserable.
Esto hallará en la córte quien la vea,
Y áun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea !

TOMAS DE IRIARTE.

FÁBULAS.

EL RATON Y EL GATO.

Tuvo Esopo famosas ocurrencias :
¡Qué invención tan sencilla! ¡qué sentencias!...
He de poner, pues que la tengo á mano,
Una fábula suya en castellano.

«Cierto (dijo un Raton en su agujero)
No hay prenda más amable y estupenda
Que la fidelidad ; por eso quiero
Tan de véras al perro perdiguero.»
Un Gato replicó : «Pues esa prenda
Yo la tengo tambien.....» Aquí se asusta
Mi buen Raton, se esconde,
Y, torciendo el hocico, le responde :
«¡Cómo! ¿la tienes tú?..... Ya no me gusta.»

La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les parece,
Si ven que su contrario la merece.

¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
Puede ser que le agrade y que le instruya.
— Es una maravilla :

Dijo Esopo una cosa como suya.
—Pues mire usted: Esopo no la ha escrito;
Salió de mi cabeza.—¿ Con que es tuya?
—Sí, señor erudito:
Ya que ántes tan feliz le parecia,
Critiquemela ahora porque es mia.

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA.

Trabajando un Gusano su capullo,
La Araña, que tejia á toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa,
Muy propia de su orgullo:
«¿ Qué dice de mi tela el seor Gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
Y ya estará acabada al mediodía.
Mire qué sutil es, mire qué bella.....»
El Gusano con sorna respondia:
« Usted tiene razon: así sale ella.»

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

Un Oso, con que la vida
Ganaba un piamontes,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos piés.
Queriendo hacer de persona,
Dijo á una Mona: «¿ Qué tal?»
Era perita la Mona,

Y respondióle : « Muy mal.!

— Yo creo, replicó el Oso,
Que me haces poco favor.

¡Pues qué! ¿mi aire no es garboso?

¿No hago el paso con primor?»

Estaba el Cerdo presente,

Y dijo : « Bravo, ¡bien va!

Bailarín más excelente

No se ha visto ni verá.»

Echó el Oso, al oír esto,

Sus cuentas allá entre sí,

Y con ademan modesto

Hubo de exclamar así :

« Cuando me desaprobaba

La Mona, llegué á dudar ;

Mas ya que el Cerdo me alaba,

Muy mal debo de bailar.»

Guarde para su regalo

Esta sentencia un autor :

Si el sabio no aprueba, ¡ malo !

Si el necio aplaude, ¡ peor !

EL CAMINANTE Y LA MULA DE ALQUILER.

Harta de paja y cebada,

Una Mula de alquiler

Salía de la posada,

Y tanto empezó á correr,

Que apénas el Caminante

La podía detener.

No dudo que en un instante

Su media jornada haria ;



Pero algo más adelante
La falsa caballería
Ya iba retardando el paso.
«¿ Si lo hará de picardía?.....
» ¡ Arre!..... ¿ te paras?..... Acaso
Metiendo la espuela..... Nada.
Mucho me temo un fracaso.
» Esta vara, que es delgada.....
Ménos..... Pues este aguijon....
Mas ¿ si estará ya cansada? »
Coces tira..... y mordiscon :
Se vuelve contra el jinete.....
¡ Oh qué corcovo, qué envion!
Aunque las piernas apriete.....
Ni por ésas..... ¡ Voto á quién!
Barrabas que la sujete.....
Por fin dió en tierra..... « ¡ Muy bien!
¿ Y eres tú la que corrias?.....
¡ Mal muermo te mate, amén!
» No me fiaré en mis dias
De mula que empiece haciendo
Semejantes valentías.»
Despues de este lance, en viendo
Que un autor ha principiado
Con altisonante estruendo,
Al punto digo : « ¡ Cuidado!
¡ Tente hombre! que te has de ver
En el vergonzoso estado
De la Mula de alquiler.»

LA ESPADA Y EL ASADOR.

Sirvió en muchos combates una espada
Tersa, fina, cortante, bien templada,
La más famosa que salió de mano
De insigne fabricante toledano.
Fué pasando á poder de varios dueños,
Y airosos los sacó de mil empeños.
Vendióse en almonedas diferentes,
Hasta que por extraños accidentes
Vino, en fin, á parar (¡quién lo diría!)
A un oscuro rincon de una hostería,
Donde, cual mueble inútil arrimada,
Se tomaba de orin. Una criada,
Por mandato de su amo el posadero,
Que debía de ser gran majadero,
Se la llevó una vez á la cocina,
Atravesó con ella una gallina,
Y héteme un asador hecho y derecho
La que una espada fué de honra y provecho.

Miéntas esto pasaba en la posada,
En la córte comprar quiso una espada
Cierta recién llegado forastero,
Trasformado de payo en caballero.
El espadero, viendo que al presente
Es la espada un adorno solamente,
Y que pasa por buena cualquier hoja,
Siendo de moda el puño que se escoja,
Dijole que volviese al otro día.
Un asador que en su cocina había,
Luégo desbasta, afila y acicala,
Y por espada de Tomas de Ayala
Al pobre forastero, que no entiende

De semejantes compras, se la vende;
Siendo tan picaron el espadero
Como fué mentecato el posadero.

Mas ¿de igual ignorancia y picardía
Nuestra nacion quejarse no podria
Contra los traductores de dos clases,
Que infestada la tienen con sus frases?
Unos traducen obras celebradas,
Y en asadores vuelven las espadas;
Otros hay que traducen las peores,
Y venden por espadas asadores.

EL ASNO Y SU AMO.

«Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio:
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba.»

De este modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes;
Y un taimado poeta que lo oia.
Le respondió en los términos siguientes:

«Al humilde Jumento
Su dueño daba paja, y le decia:
Toma, pues que con eso estás contento.
Dijolo tantas veces, que ya un dia
Se enfadó el Asno, y replicó: Yo tomo
Lo que me quieres dar; pero, hombre injusto,
¿Piensas que sólo de la paja gusto?
Dame grano, y verás si me lo como.»

Sepa quien para el público trabaja,
Que tal vez á la plebe culpa en vano;

Pues si dándole paja, come paja,
Siempre que le dan grano, come grano.

LOS DOS CONEJOS.

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
(No diré corria)
Volaba un Conejo.

De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: «Tente,
Amigo; ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser? responde:
Sin aliento llego.....

Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo.

—Sí (replica el otro),
Por allí los veo.....

Pero no son galgos.

—¿Pues que son?—Podencos.

—¿Qué? ¿podencos dices?

Sí, como mi abuelo.

Galgos y muy galgos,

Bien vistos los tengo.

—Son podencos: vaya,

Que no entiendes de eso.

—Son galgos te digo.

—Digo que podencos.»

En esta disputa,

Llegando los perros,

Pillan descuidados

A mis dos Conejos.

Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

LOS HUEVOS.

Más allá de las islas Filipinas
Hay una, que ni sé cómo se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamas hubo casta de gallinas,
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cria, que ya el plato
Más comun y barato
Era de huevos frescos ; pero todos
Los pasaban por agua (que el viajante
No enseñó á componerlos de otros modos).

Luégo de aquélla tierra un habitante
Introdujo el comerlos estrellados.
¡ Oh qué elogios se oyeron á porfía
De su rara y fecunda fantasía !
Otro discurre hacerlos escalfados.....
¡ Pensamiento feliz ! Otro rellenos.....
¡ Ahora sí que están los huevos buenos !
Uno despues inventa la tortilla,
Y todos claman ya : « ¡ Qué maravilla ! »
No bien se pasó un año,
Cuando otro dijo : « Sois unos petates ;
Yo los haré revueltos con tomates. »
Y aquel guiso de huevos tan extraño

Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso,
A no ser porque luego los compuso
Un famoso extranjero á la *Hugonota*.

Esto hicieron diversos cocineros;
Pero ¡qué condimentos delicados
No añadieron despues los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un dia: «Presumís en vano
De esas composiciones peregrinas;
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»
¿Tantos autores nuevos
No se pudieran ir á guisar huevos
Más allá de las islas Filipinas?

EL ERUDITO Y EL RATON.

En el cuarto de un célebre Erudito
Se hospedaba un Raton, ¡raton maldito!
Que no se alimentaba de otra cosa
Que de roerle siempre verso y prosa.

Ni de un gatazo el vigilante celo
Pudo llegarle al pelo,
Ni extrañas invenciones
De várias é ingeniosas ratoneras,
O el rejalgar en dulces confecciones,
Curar lograron su incesante anhelo

De registrar las doctas papeleras,
Y acribillar las páginas enteras.

Quiso luego la trampa
Que el perseguido autor diese á la estampa
Sus obras de elocuencia y poesía ;
Y aquel bicho travieso ,
Si ántes lo manuscrito le roía ,
Mucho mejor roía ya lo impreso.

« ¡ Qué desgracia la mía !
(El literato exclama) ya estoy harto
De escribir para gente roedora ;
Y por no verme en esto , desde ahora
Papel blanco no más habrá en mi cuarto.
Yo haré que este desorden se corrija.....»
Pero sí ; la traidora sabandija ,
Tan hecha á malas mañas , igualmente
En el blanco papel hincaba el diente.

El Autor, aburrido ,
Echa en la tinta dosis competente
De soliman molido :
Escribe (yo no sé si en prosa ó verso)
Devora , pues , el animal perverso ,
Y revienta por fin..... « ¡ Feliz receta !
Dijo entónces el crítico poeta :
Quien tanto roe , mire no le escriba
Con un poco de tinta corrosiva. »

Bien hace quien su crítica modera ;
Pero usarla conviene más severa
Contra censura injusta y ofensiva ,
Cuando no hablar con sincero denuedo
Poca razon arguye , ó mucho miedo.

LA ARDILLA Y EL CABALLO.

Mirando estaba una Ardilla
A un generoso Alazan
Que dócil á espuela y rienda,
Se adestraba en galopar.

Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compas,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad :

« Señor mio,
De ese brío,
Ligereza
Y destreza
No me espanto,

Suelo hacer, y acaso más.

Yo soy viva,
Soy activa,
Me meneo,
Me paseo,
Yo trabajo,
Subo y bajo,

No me estoy quieta jamas.»

El paso detiene entónces
El buen Potro, y muy formal,
En los términos siguientes
Respuesta á la Ardilla da :

« Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,

Que me diga)
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afano,
Mas no en vano ;
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad. »
Con que algunos escritores
Ardillas tambien serán
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

LA COMPRA DEL ASNO.

Ayer por mi calle
Pasaba un Borrico,
El más adornado
Que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
Eran nuevecitos,
Con flecos de seda
Rojos y amarillos.
Borlas y penacho
Llevaba el pollino,
Lazos, cascabeles
Y otros atavíos ;
Y hechos á tijera,
Con arte prolijo,
En pescuezo y anca
Dibujos muy lindos.

Parece que el dueño ,
Que es , segun me han dicho ,
Un chalan gitano
De los más ladinos,
Vendió aquella alhaja
A un hombre sencillo ;
Y añaden que al pobre
Le costó un sentido.
Volviendo á su casa ,
Mostró á sus vecinos
La famosa compra ,
Y uno de ellos dijo :
«Veamos , compadre ,
Si este animalito
Tiene tan buen cuerpo
Como buen vestido.»
Empezó á quitarle
Todos los aliños ,
Y bajo la albarda ,
Al primer registro ,
Le hallaron el lomo
Asaz mal-ferido ,
Con seis mataduras
Y tres lobanillos ,
Amén de dos grietas ,
Y un tumor antiguo ,
Que bajo la cincha
Estaba escondido.

« Burro (dijo el hombre)
Más que el Burro mismo
Soy yo , que me pago
De adornos postizos.»
A fe que este lance
No echaré en olvido ,
Pues viene de molde

A un amigo mio,
El cual á buen precio
Ha comprado un libro
Bien encuadernado,
Que no vale un pito.

EL BUEY y LA CIGARRA.

Arando estaba el Buey, y á poco trecho
La cigarra, cantando, le decía :
«¡Ay, ay! qué surco tan torcido has hecho!»
Pero él la respondió : « Señora mia,
Si no estuviera lo demas derecho,
Usted no conociera lo torcido.
Calle, pues, la haragana reparona ;
Que á mi amo sirvo bien, y él me perdona
Entre tantos aciertos un descuido.»
¡Miren quién hizo á quién cargo tan fútil!
Una cigarra al animal más útil.
Mas ¿si me habrá entendido
El que á tachar se atreve
En obras grandes un defecto leve ?

EL RETRATO DE GOLILLA.

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja ;
Pero habrá quien piense que no habla castizo
Si por lo anticuado lo usado no deja.

Voy á entretenelle con una conseja ;
Y porque le traiga más contentamiento,
En su mesmo estilo referille intento ,
Mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.

No sin hartos celos un pintor de hogafío
Via cómo agora gran loa y valía
Alcanzan algunos retratos de antaño ;
Y el no remedallos á mengua tenía :
Por ende, queriendo retratar un dia
A cierto Rico-home, señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daría.

Segundo Velazquez creyó ser con esto ;
Y así que del rostro toda la semblanza
Hubo trasladado, golilla le ha puesto ,
Y otros atavíos á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza ,
El cual espantado fincó desque vido
Con añejas galas su cuerpo vestido,
Magüer que le plugo la faz abastanza.

Empero una traza le vino á las mientes
Con que al retratante dar su galardón.
Guardaba, heredadas de sus ascendientes,
Antiguas monedas en un viejo arcón.
Del Quinto Fernando muchas de ellas son,
Allende de algunas de Carlos Primero,
De entrambos Filipos Segundo y Tercero ;
Y henchido de todas le endonó un bolson.

— Con estas monedas, ó siquier medallas,
El pintor le dice, si voy al mercado
Quando me cumpliere mercar vituallas,
Tornaré á mi casa con un buen recado.
— ¡Pardiez! dijo el otro, ¿no me habeis pintado
En traje que un tiempo fué muy señorial
Y agora le viste sólo un alguacil?

Cual me retratasteis, tal os he pagado.
Llevaos la mi tabla, y el mi corbatin
Pintadme al proviso en vez de golilla;
Cambiadme esa espada en el mi espadin,
Y en la mi casaca trocad la ropilla;
Ca non habrá naide en toda la villa
Que al verme en tal guisa, conozca mi gesto:
Vuestra paga entónces contaros he presto
En buena moneda corriente en Castilla.—
Ora pues, si á risa provoca la idea
Que tuvo aquel sandio moderno pintor,
¿No hemos de reirnos siempre que chochea
Con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor;
Habla puro á costa de la claridad,
Y no halla voz baja para nuestra edad,
Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

LOS DOS HUÉSPEDES.

Pasando por un pueblo
De la montaña,
Dos caballeros mozos
Buscan posada.
De dos vecinos
Reciben mil ofertas
Los dos amigos.
Porque á ninguno quieren
Hacer desaire,
En casa de uno y otro
Van á hospedarse.
De ambas mansiones

Cada Huésped la suya
A gusto escoge.

La que el uno prefiere
Tiene un gran patio
Y bello frontispicio,
Como un palacio :

Sobre la puerta
Su escudo de armas tiene,
Hecho de piedra.

La del otro la vista
No era tan grande ;
Mas dentro no faltaba
Dónde alojarse ;

Como que habia
Piezas de muy buen temple,
Claras y limpias.

Pero el otro palacio
Del frontispicio
Era, además de estrecho,
Oscuro y frio :

Mucha portada,
Y por dentro desvanes
A teja vana.

El que allí pasó un dia
Mal hospedado,
Contaba al compañero
El fuerte chasco ;

Pero él le dijo :
«Otros chascos como ése
Dan muchos libros.

EL TÉ Y LA SALVIA.

El Té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la Salvia en el camino.
Ella le dijo: — ¿A dónde vas, compadre?
— A Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.
— Yo, respondió la Salvia, voy á China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamas he podido hacer fortuna.
— Anda con Dios. No perderás el viaje;
Pues no hay nacion alguna
Que á todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.—
La Salvia me perdone,
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario,
Yo no defenderia lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio;
Y español que tal vez recitaria
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

EL GATO, EL LAGARTO Y EL GRILLO.

Ello es que hay animales muy científicos
En curarse con varios específicos,

Y en conservar su construcción orgánica,
Como hábiles que son en la botánica;
Pues conocen las hierbas diuréticas,
Catárticas, narcóticas, eméticas,
Febrífugas, estípticas, prolíficas,
Cefálicas también y sudoríficas.

En esto era gran práctico y teórico

Un Gato, pedantisimo retórico,
Que hablaba en un estilo tan enfático
Como él más estirado catedrático.

Yendo á caza de plantas salutíferas,

Dijo á un lagarto : «¡Qué ansias tan mortíferas!

Quiero por mis turgencias semihidrópicas,

Chupar el zumo de hojas *heliotrópicas*.»

Atónito el Lagarto con lo exótico

De todo aquel preámbulo estrambótico,

No entendió más la frase macarrónica

Que si le hablasen lengua babilónica.

Pero notó que el charlatan ridículo,

De hojas de girasol llenó el ventrículo,

Y le dijo : «Ya, en fin, señor hidrópico,

He entendido lo que es zumo *heliotrópico*.»

¡Y no es bueno que un Grillo, oyendo el diálogo,

Aunque se fué en ayunas del catálogo

De términos tan raros y magníficos,

Hizo del Gato elogios honoríficos!

Sí; que hay quien tiene la hinchazon por mérito

Y el hablar liso y llano por demérito.

Mas ya que esos amantes de hiperbólicas

Cláusulas y metáforas diabólicas,

De retumbantes voces el depósito

Apuran, aunque salga un despropósito,

Caiga sobre su estilo problemático

Este apólogo esdrújulo-enigmático.

EL GALLO, EL CERDO Y EL CORDERO.

Habia en un corral un gallinero,
En este gallinero un Gallo habia,
Y detras del corral, en un chiquero,
Un Marrano gordísimo yacia.
Item más, se criaba allí un Cordero,
Todos ellos en buena compañía;
Y ¿quién ignora que estos animales
Juntos suelen vivir en los corrales?

Pues (con perdon de ustedes) el Cochino
Dijo un dia al Cordero: «¡Qué agradable,
Qué feliz, qué pacífico destino
Es el poder dormir! ¡Qué saludable!
Yo te aseguro, como soy gorrino,
Que no hay, en esta vida miserable,
Gusto como tenderse á la bartola,
Roncar bien y dejar rodar la bola.»

El Gallo por su parte al tal Cordero
Dijo en otra ocasion: «Mira, inocente,
Para estar sano, para andar ligero,
Es menester dormir muy parcamente.
El madrugar en Julio ó en Febrero
Con estrellas, es método prudente,
Porque el sueño entorpece los sentidos,
Deja los cuerpos flojos y abatidos.»

Confuso ambos dictámenes coteja
El simple Corderillo, y no adivina
Que lo que cada uno le aconseja
No es más que aquello mismo á que se inclina.
Acá entre los autores ya es muy vieja
La trampa de sentar como doctrina

Y gran regla á la cual nos sujetamos,
Lo que en nuestros escritos practicamos.

LA VÍBORA Y LA SANGUIJUELA.

«Aunque las dos picamos (dijo un día
La Víbora á la simple Sanguijuela),
De tu boca reparo que se fia
El hombre, y de la mia se recela.»

La Chupona responde: «Ya, querida;
Mas no picamos de la misma suerte:
Yo, si pico á un enfermo, le doy vida;
Tú, picando al más sano, le das muerte.»

Vaya ahora de paso una advertencia:
Muchos censuran, si, lector benigno;
Pero á fe que hay bastante diferencia
De un censor útil á un censor maligno.

JORGE PITILLAS.

SÁTIRA.

No más, no más callar, ya no es posible;
Allá voy, no me tengan; fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.

No censures mi intento, oh Lelio amigo,
Pues sabes cuánto tiempo he contrastado

El fatal movimiento que ahora sigo.

Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.

Protesto que pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de hogañío,
Y he de echar el repollo todo junto.

Las piedras, que mil días há que apañío,
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el comun y el propio daño.

Baste ya de un indigno sufrimiento,
Qué reprimió con débiles reparos
La justa saña del conocimiento.

He de seguir la senda de los raros :
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios harto caros.

Y ya que otro no chista ni se mueve,
Quiero yo ser satírico Quijote
Contra todo escritor follon y aleve.

Guerra declaro á todo monigote,
Y pues sobran justísimos pretextos,
Palo habrá de los piés hasta el cogote.

No me amedrentes, Lelio, con tus gestos
Que ya he advertido que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.

En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebató ;
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.

¿Quieres que aguante más la turba ingrata
De tanto necio, idiota presumido,
Que vende plomo por preciosa plata?

¿Siempre he de oír no más? ¿No permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido?

Tambien yo soy al uso literato,

Y sé decir *romboides*, *turbillones*

Y blasfemar del viejo *Peripato*.

Bien sabes que imprimí unas conclusiones

Y en famoso teatro argüí recio,

Fiando mi razón de mis pulmones.

Sabes con cuánto afán busco y aprecio

Un libro de impresión *elzeviriana*

Y le compro (aunque ayune) á todo precio.

También el árbol quise hacer de Diana,

Mas faltóme la plata del conjuro,

Aunque tenía vaso, nitro y gana.

Voy á la biblioteca, allí procuro

Pedir libros que tengan mucho tomo,

Con otros chicos de lenguaje oscuro.

Apunto en un papel que pesa el plomo,

Que Dioscórides fué grande herbolario,

Segun refiere *Wandenlarchk* el romo.

Y allego de noticias un almarío,

Que pudieran muy bien, segun su casta,

Aumentar el *Mercurio Literario*.

Hablo francés aquello que me basta

Para que no me entiendan, ni yo entienda,

Y fermentar la castellana pasta.

Y áun por eso me *choca* la leyenda

En que no *arriba* hallarse un *apanaje*

Bien entendido que al discreto ofenda.

Batir en ruina, es célebre *pasaje*

Para adornar una española *pieza*,

Aunque Galvan no entienda tal potaje.

¿Qué es esto, Lelio? ¿Mueves la cabeza?

¿Que no me crees dices? ¿Que yo mismo

Aborrezco tan bárbara simpleza?

Tienes, Lelio, razón; de este idiotismo

Abominó el ridículo ejercicio,

Y huyo con gran cuidado de su abismo.

La práctica de tantó error y vicio
Es, empero, segun te la he pintado,
De un moderno escritor sabido oficio.

Hácele la ignorancia más osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.

Y si acaso otra pluma más dichosa
En docto escrito deleitando instruye,
Se le exalta la bilis envidiosa.

Y en fornido volúmen, que construye,
Empuñando por pluma un varapalo,
Le acribilla, le abrasa, le destruye.

Ultrajes y dichterio son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,
Siendo cada palabra un fuerte palo.

En todo lo demas camina á oscuras,
Y el asunto, lo olvida ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.

Su ciencia sólo estriba en lo que ofende,
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razon, ni la busca, ni la entiende.

A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte,
En que hay plumas tambien que son muy ducas.

No menor ignorancia se reparte
En estas infelices producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.

Fijanse en las esquinas cartelones,
Que al poste más macizo y berroqueño
Le levantan ampollas y chichones.

Un título pomposo y halagüeño,
Impreso en un papel azafranado,
Da del libro magnífico diseño.

Atiza la *Gaceta* por su lado,
Y es gran gusto comprar por pocos reales

Un librejo amarillo y jaspeado.

Caen en la tentacion los animales,
O áun los que no lo son, porque desean
Ver á sus compatriotas racionales.

Pero ¡oh dolor! mis ojos no lo vean,
Al leer del fróntis el renglon postrero,
La esperanza y el gusto ya flaquean.

Marin Sanz ó Muñoz son mal agüero,
Porque engendran sus necias oficinas
Todo libro civil y chapucero.

Crecen á cada paso las mohinas,
Viendo brotar por planas y renglones
Mil sandeces insulsas y mezquinas.

Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pié y medio que al Mecénas
Le dan en vez de inciensos, coscorrónes.

Todo prólogo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,
Y bachiller por Lugo ó por Aténas.

No ménos arrogante é inmodesto,
Pondera su proyecto abominable,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.

Yo lo fio, copiante perdurable,
Que de ajenos andrajos mal zurcidos
Formas un libro engerto en porra ó sable.

Y urgando en albañales corrompidos
De una y otra asquerosa Poliantea,
Nos apestas el alma y los sentidos.

El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras sin saber que lea.

No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las voces
Derelinques la frase castellana.

¿Por qué nos das tormentos tan atroces?

Habla, bribon, con ménos retornelos,
A paso llano y sin vocales coces.

Habla, como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesion de boquilobo,
Y en tono que te entienda Ciempozuelos.

Perdona, Lelio, el descortés arrobo;
Que en llegando este punto no soy mio,
Y estoy, con tales cosas, hecho un bobo.

Déjame lamentar el desvario
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la elocuencia el mayor rio.

Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan cual pudiera
Velloso geta ó rústico numida.

¡Y á éstos respeta el Tajo! ¡A éstos venera
Manzanáres, y humilde los adora!

¡Oh ley, del barbarismo agria y severa!

Preguntarásme, acaso, Lelio, ahora,
Cuáles son los implícitos escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.

Yo te daré noticias positivas
Cuando hable *nominatim* de estos payos
Y les ponga el pellejo como cribas.

Más claro que cincuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.

¿La frente arrugas? ¿Tuerces el hocico?
¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Oyeme dos palabras te suplico.

Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré que son putos, ni verracos.

Sólo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,
Al mundo racional le es muy infesta.

Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina
Merecen ser llevados prestamente,
A que Dominga, rústica y mohina,
Haga de ellos capaces cucuruchos
A la pimienta y á la especia fina.

De este modo han escrito otros más duchos
Satíricos de grados y corona,
De que da la leyenda ejemplos muchos.

En sus versos *Lucilio* no perdona
Al cónsul, al plebeyo, al caballero;
Y hace patente el vicio y la persona.

Ni *Lelio* adusto, ni *Scipion* severo,
Del poeta se ofenden, aunque maje
A *Metelo* y á *Lupo* en su mortero.

Cualquiera sabe, más que sea paje,
Que *Horacio*, con su pelo y con su lana,
Satiriza el pazguato y el bardaje.

Y entre otros á quien zurra la badana,
Por defectos y causas diferentes,
Con *Casio* el escritor no anduvo rana.

Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto *Alpino*, aquel que en sus cantares
Degollaba *Memnon*es inocentes;

El que pintaba al Rin los aladares
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo *Cañizares*.

Persio á todo un *Neron* tiró bocados,
Y sus conceptos saca á la vergüenza,
A ser escarnecidos y afrentados.

Juvenal su labor así comienza,
Y á *Codro* el escritor nombra y censura
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.

No sólo la *Theseida* le es muy dura;
A *Télefo* y á *Orétes* spiritado

Tambien á puros golpes los madura.

Con esto á sus autores hunde un lado,
Si á *Cluvieno* le quiebra una costilla,
Y una pierna á *Mathon* el abogado.

Con libertad, en fin, pura y sencilla,
Observa en toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la cartilla.

Y por si temes que me falte asilo
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en vilo.

Cervántes, el divino viajero,
El que se fué al Parnaso piano, piano,
A cerner escritores con su arnero,
Si el gran Mercurio no le va á la mano,
Echa á *Lofraso* de la nave al Ponto,
Por escritor soez y chabacano.

De *Arbolanches* descubre el genio tonto,
Nombra á *Pedrosa* novelero infando,
Y en *criticar* á entrambos está pronto.

Sigue el *Pastor de Iberia*, autor nefando,
Y el que escribió la *Picara Justina*,
Capellan lego del contrario bando,

Y si este libro tanto se acrimina,
¿Qué habria si al *Alfonso* áspero y duro
Le pillase esta musa censorina?

Otros más, con intento casto y puro,
Ata de su censura á la fiel rueda,
Y les hace el satírico conjuro.

Aunque implicitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y mescolanza
Cuál es Garcilasista ó Timoneda.

Bien la razon de su razon se alcanza,
Porque (como él en versos placenteros
Intima en el discurso de su andanza)

Cernícalos, que son lagartijeros,

*No esperen gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.*

Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,
Y á vista de tan nobles ejemplares,
Ten los recelos por impertinencias.

Y excusemos de dares y tomares;
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me cómo tras ello los pulgares.

Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y así, á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer*, le llamé siempre alimaña.

No por eso mi genio liso y franco
Se empleará tan sólo en la censura
Del escrito que cree cojo ó manco;

Con igual gusto, con igual lisura,
Dará elogios, humilde y respetoso,
Al que goza en el mundo digna altura;

Que no soy tan mohino y escabroso,
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.

Pero, ¡oh cuán corto que es el bando illustre!
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama,
Y en quien mi saña crítica se frustre!

Ya ves cuán impetuosa se derrama
La turba multa de escritores memos
Que escriben á la hambre y no á la fama.

Y así, no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre más sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.

La vista de un mal libro me es terrible,
Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.

Dias há que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso,

Si tú, en tus cobardías siempre fijo,
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.

De aquí adelante pienso desquitarme;
Tengo de hablar, y caiga el que cayere:
En vano es detenerme y predicarme.

Y si acaso tú ú otro me dijere
Que soy semipagano y corta pala,
Y que este empeño más persona quiere,
Sabe, Lelio, que en esta cata y cala,
La furia que me impele y que me ciega,
Es la que el desempeño más señala;

Que aunque es mi musa principianta y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignacion me hará hacer versos

SONETO.

¡Oh, tú, cuervo infeliz, cuyo graznido,
Con bronca voz, con destemplado aliento,
Al compas del más rústico instrumento
Intimas desazones al oído!

Di ¿qué infernal Apolo te ha influido
Tan discorde, tan bárbaro concento?
¡Oh, quién nunca tuviera entendimiento
Para que nunca fueses entendido!

Deja la inculta lira; no presumas
Profanar, atrevido é insolente,
La noble ocupacion de nobles plumas;

Pues no conseguirás, aunque lo intente
Tu necia rustiquez con ánsias sumas,
Que el sagrado laurel orle tu frente.

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

ANACREÓNTICAS.

¿Quién es aquella ninfa
Que por esos jardines
Viene, dando á las flores
Mil cándidos matices ;
De púrpura vestida,
Con lazos carmesíes,
Que el aire y gentileza
Del bello dueño dicen ;
Ceñidas sus garzotas
De rosas y alhelíes,
Y de ninfas cercada,
Que obedientes la sirven ?
Sin duda será Vénus,
La gran deidad de Chipre ;
Pues no, zagal, no es ella ;
Que es mi pastora Nise.

Vuela, ruiseñor blando,
Vuela, y cuéntale á Nise
Las lágrimas que á Arcadio

Llorar por ella viste.
Dile que ovejas, flores,
Aves, fuentes y vides,
De su desden murmuran,
De mi dolor se afligen.
Dile cómo en su ausencia
Sólo su voz repite :
« Llorad, ojos cansados ;
Salid, lágrimas tristes. »
Dile, en fin, que se acuerde.....
Pero ya nada dile ;
Dí sólo, si gustáres,
Dí que espirar me viste.

Dormiendo yo á la sombra
De unas frondosas vides,
Soñé que Egon los brazos
Gozaba de mi Nise.
Yo entónces entre sueños
Incorporarme quise
A vengar con su muerte
Mis celos insufribles.
Pero desperté en esto,
Y al ver sola á mi Nise,
Reclinado en su seno
Volví luégo á dormirme.

Cortó un cabello Nise
De sus doradas trenzas,
Y con él ambas manos

Me ligaba halagüenia.
Yo me rei, creyendo
Que fácil cosa fuera
Quebrantar las lazadas
Con que amarrarme intenta.
Mas despues lloré, ¡ triste!
Cuando al querer romperlas,
Aquel blando cabello
Le hallé dura cadena.

CANTILENAS.

Por esta selva umbrosa
Busqué anoche á mi amado ;
Busquéle congojosa ;
¡ Ay triste ! ¡ y no le he hallado !
Antes que el sol dorado
Con sus rayos brillantes
Alumbre estas campañas,
Despierte los amantes,
Cercaré las cabañas
De los demas pastores,
Buscando á mis amores
Con un ánsia importuna,
Por si le esconde alguna
Zagala codiciosa
Que envidie mi fortuna.
No quedará al fin cosa
Que mi pasion celosa
No la haya registrado,
Hasta que halle á mi amado,

*Que en esta selva umbrosa
Anoche busqué ansiosa,
¡Ay triste! ¡y no le he hallado!*

Un colorin hermoso,
Que en torno revolaba
De un arrayan frondoso,
Donde mi amante estaba,
Dormida en dulce sueño,
Luégo que de mi dueño
Sintió la compañía,
Un punto no quería
Partirse de su lado;
Y así, regocijado,
Dulce la saludaba
Y halagos mil la hacía.
Ya en su halda se ponía,
Ya de ella se apartaba,
A su seno volvía,
Y en su mano posaba;
Ya esforzando su acento
Segun dulce trinaba,
Parece que contaba
A mi bien su contento
No léjos de su oído;
Mas ella, con el ruido,
Abrió sus ojos bellos,
Y el pájaro, que de ellos
La hermosa lumbre vido,
Cayó en su falda herido.

LETRILLAS.

Alexi á mi puerta
Se pone á cantar,
Y no le respondo
Por ver lo que hará:
Con mi cayadillo
Le doy por detras,
Y sin ver por dónde,
Me vuelvo á escapar.

Por su propio nombre
Le suelo llamar;
Callo, y por un rato,
No vuelvo á chistar.

Le quiero y me huelgo
De hacerle bobear,
Buscándome en donde
No me halle jamas.

Y al fin, si me hallare,
Daño no me hará;
Que no, no es el hombre
Tan bravo animal.

Cuando yo en el prado
Me pongo á dormir;
Sueño que me halaga
Mi pastor gentil.

Despierto, y no viendo
Hogar y reir
A Alexi conmigo,
Cual en sueños vi.



De mí no me acuerdo ,
Ni acierto á vestir,
Ni escucho al ganado,
Que bala por mí.

El año que viene
No le tendré así ;
Que yo de mi lado
No le he dejar ir ;
Pues casarnos hemos
Los dos por Abril,
Y en un mismo chozo
Hemos de dormir.

Porque no le quiero ,
Me quiere Damon ,
Y Alexi no quiere
Que le quiera yo.

Muchas veces digo :
¿ A cual de los dos
Daré yo las llaves
De mi corazón ?

Damon las merece ,
Que no me gustó ;
Y Alexi , á quien amo ,
No las mereció.

Todo el gusto pierdo
Si á Damon me doy ;
Si á Alexi , me abato
A un despreciador.

Pues aunque me humille
Y sufra el baldon
De ser despreciada ,
De Alexi es mi amor.

Oliendo yo un día
Un fresco ramillo
De azucena y rosas,
Un rapaz me dijo :
« Mal olor es éste
Para el gusto mio ;
Tus labios, zagala,
Dan olor más fino. »

Yo le dije entónces :
« Mientes, picarillo ;
Que el olor que dices,
Yo no lo percibo ;

» Ni estotras pastoras,
Que duermen conmigo
Las más de las siestas,
Tal cosa me han dicho.

— No te miento, hermosa,
Gritó el rapacillo ;
Que para embustero
Ya ves que soy niño. »

Mi abuela me dice
Que si me enamoro,
Tendré grandes iras,
Pesares y enojos.

Que amor es un fuego,
A cuyo ardor solo
Nadie fijó lindes,
Nadie puso coto.

Mas la buena vieja
Yo creo que chocho
Tiene ya el sentido,
Como el gusto boto,

Pues si con mi Alexi,
De amor ciego y loco,
Traviesa yo huelgo,
Festiva retozo,
Toda la vehemencia
Del amor fogoso,
Que se aplaca siento,
Que se endulza noto.

LETRILLAS CON ESTRIBILLO.

LA ROSA DE ABRIL.

Zagalas del valle,
Que al prado venis
A tejer guirnaldas
De rosa y jazmin,
Parad en buen hora,
Y al lado de mí
Mirad más florida
La rosa de Abril.

Su sien, coronada
De fresco alhelí,
Excede á la aurora
Que empieza á reir,
Y más si en sus ojos,
Llorando por mí,
Sus perlas asoma

La rosa de Abril.

Veis allí la fuente,
Veis el prado aquí
Do la vez primera
Sus luceros vi;
Y aunque de sus ojos
Yo el cautivo fui,
Su dueño me llama

La rosa de Abril.

La dije: ¿Me amas?
Díjome ella: Sí;
Y porque lo crea,
Me dió abrazos mil.
El Amor de envidia,
Cayó muerto allí,
Viendo cuál me amaba

La rosa de Abril.

De mi rabel dulce
El eco sutil
Un tiempo escucharon
Londra y colorin;
Que nadie más que ellos
Me oyera entendí;
Y oyéndome estaba

La rosa de Abril.

En mi blanda lira
Me puse á esculpir
Su hermoso retrato
De nieve y carmin;
Pero ella me dijo:
«Mira el tuyo aquí»;
Y el pecho mostróme

La rosa de Abril.

El rosado aliento
Que yo á percibir

Llegué de sus labios,
Me saca de mí :
Bálsamo de Arabia
Y olor de jazmin
Excede en fragancia
La rosa de Abril.

El grato mirar,
El dulce reir,
Con que ella dos almas
Ha sabido unir,
No el hijo de Vénus
Lo sabe decir,
Sino aquel que goza
La rosa de Abril.

¿Qué beldad es aquélla,
Cielos, que miro,
*Al pasar el arroyo
Del Alamillo?*

El hechizo hermoso
Sobre cuantos cria
La ribera umbria
Del Zurguen undoso,
Vi en juego donoso
Y ademan sencillo,
*Al pasar el arroyo
Del Alamillo.*

Vi más que el sol bellos
Sus graciosos soles,
Llenos de arreboles ;
Sus rubios cabellos,
Jugando con ellos
Galau cefirillo,

*Al pasar el arroyo
Del Alamillo.*

Con mirar piadosa
La agostada selva,
Fuerza es que la vuelva
Más fértil y hermosa,
Y al jazmín y rosa
Dé su olor y brillo,
*Al pasar el arroyo
Del Alamillo.*

Decir el recreo
Que yo siento en vella
Veloz me atropella
Mi ansioso deseo ;
Si otra vez la veo,
Yo sabré decillo,
*Al pasar el arroyo
Del Alamillo.*

LETRILLAS SATÍRICAS.

Siglo friolera
Vi en atisbo ocioso :
Érase que se era,
Y es cuento gracioso.
Érase un vejete
Más blanco que cisne,
Que á fuerza de tizne,
A cuervo se mete ;
Jordan se promete
Su tintero ocioso ;
Érase que se era,

Y es cuento gracioso.

Por matar ligero
El médico Naba,
Yendo caballero.
Su mula mataba,
Y á cuantos pulsaba
Mató valeroso ;

Érase que se era,

Y es cuento gracioso.

Érase un letrado,
Que el buen parecer
Que halló en su mujer
Le dió un puesto alzado,
De frente elevado,
De barba velloso ;

Érase que se era,

Y es cuento gracioso.

Robusta mozueta,
Que á un viejo podrido
Mandó con su abuela
Un recién nacido,
Que el viejo ha admitido,
Y es su padre el coso ;

Érase que se era,

Y es cuento gracioso.

De qué el señor cura tenga
Por ama una moza alegre,
Siendo mejor una vieja
Para que su ajuar gobierne,
¿Qué se infiere?

De que tan caritativo
El otro esposo se muestre,

Que á cuantos van á su casa
Cortés á todos la ofrece,

¿ Qué se infiere ?

De que los padres maestros
A predicar se presenten,
Citando autores gentiles,
Para instruir á las gentes,

¿ Qué se infiere ?

De que en casa del letrado
Se mantenga más la gente
Con el buen parecer de ella
Que no con sus pareceres,

¿ Qué se infiere ?

De que una niña se ponga
Opilada algunos meses,
Y nunca de nueve pase,
Y siempre á los nueve llegue,

¿ Qué se infiere ?

De que el sastre á su mujer
Diga que faltan quehaceres,
Y que busque ella por sí
Modo para mantenerle,

¿ Qué se infiere ?

De que haya tantos asuntos
De que habla bajo la gente,
Y siendo justificados,
Ninguno alzar la voz quiere,

¿ Qué se infiere ?

Con más sabrosito humor
Empiezo hoy la escarapela;

¡ Canela !

Lo que hable la lengua mia,

A ninguno ha de amargar ;
Que bien he de sazonar
Todo mi plato este dia ;
Será dulce especería
La que mi mortero muela ;
¡ Canela !

Placer es ver retocada
La que es pasa como guinda,
A poder de polvos linda,
A fuerza de untos rosada,
Cuando no hay en su quijada
Memoria de que hubo muela ;
¡ Canela !

Gusto es ver cuán poco escasa
Tais es en baile y meneo,
Que á medirlo su deseo,
No tuviera fin ni tasa ;
Y si ha de barrer la casa,
Necesita tanta espuela ;
¡ Canela !

Rio en ver que otra en quince años
Siempre está, y busca mancebos
Los más implumes y nuevos,
Que han de pelear sus engaños ;
Y aunque cañones extraños
Crien, ella al fin los pela ;
¡ Canela !

Mas esto, vaya cual vaya,
¿ A mí en ello qué me va ?
Antes bien quien zurre habrá
A aquel que en zurrar se ensaya,
Haciéndole que esté á raya,
Y la cabeza le duela ;
¡ Canela !

Diz que un caballero,
Dicho don Dinero,
Pierde y atropella
La niña más bella,
De más pundonor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!

Él diz que minora,
Y áun de virtud dora
El crimen más grave,
Y al recto juez sabe
Quebrar el rigor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!

Él diz que al anciano
En jóven lozano
Lo vuelve y trabuca,
Y á su edad caduca
Da inútil verdor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!

Él al más ocioso,
Más vil y vicioso,
Colma de favores,
Y áun da de señores,
Un perpétuo honor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!

Él á un tonto ha dado
El premio colmado
Que hubo merecido
Un sabio entendido,
Pobre y sin favor;
Madre, la mi madre,
¡Qué triste dolor!

Él en la opulenta
Mesa en que se sienta,
Todo hace que sóbre,
Arrojando al pobre
Del hambre al rigor ;
Madre, la mi madre,
¡ Qué triste dolor !
Diz que él, pretendido,
O ya conseguido,
Siempre da cuidado,
Y de ayes cercado
Tiene al poseedor ;
Madre, la mi madre,
¡ Qué triste dolor !

EPIGRAMAS.

Al andaluz más valiente
De todos los andaluces,
Cuya charpa omnipotente
Pobló estos barrios de cruces,
Cierta noche, á la una dada,
En el Conejal hallé ;
Me miró, yo le miré,
Y... fuése sin decir nada.

Juana me dió una pisada,
Y yo juzgué que era acaso ;
Dióme otra no tan paso,
Tampoco la dije nada ;

Íbame á dar la tercera,
Yo la dije : « ¡ Tente, Juana !
Que si yo tuviera gana,
Bastaba con la primera. »

Luisa adrede me mojó,
Y yo comencé á enojarme ;
Mas ella, por aplacarme,
Cual quise me acarició.
No le debió de pesar
Del despique, á lo que entiendo,
Pues siempre me anda diciendo:
« Pepe, ¿ te vuelvo á mojar ? »

Un casado se acostó,
Y con paternal cariño
A su lado puso el niño,
Pero sucio amaneció.
Entónces, torciendo el gesto,
Miróse uno y otro lado,
Y exclamó, desconsolado :
« ¡ Ay, amor, cómo me has puesto ! »

Motejaron á un soldado
De que con impropio alarde
Seguia á Vénus cobarde
Más que al fiero Marte osado.
Él replicó : « ¡ Linda charla !

Antes obro muy prudente ;
Pues Vénus sabe hacer gente,
Y Marte sólo quitarla.»

Entrando en los Cayetanos,
Una dama á un charro vió
Y le dijo : « ¿ Se acabó
La misa de los villanos ? »

Viendo él trazas tan livianas,
Respondió : « Se acabó ya ;
Pero entrad , que ahora saldrá
Otra de las cortesanas. »

Preguntó á su esposo Irene :
« Blas mio , cuando te ausentas,
Sin que tú me dejes rentas,
¿ Qué dirás que me mantiene?—

» No lo sé », respondió Blas ;
Y ella le dijo : « Inocente ,
Mira un espejo de frente ;
Quizá en él lo advertirás. »

Ayer un mendigo , viendo
Junto á un templo un coronel',
A pedirle fué corriendo ;
Y le importunó diciendo
Rogaría á Dios por él.

Dióle un real que tuvo allí

El jefe, y le dijo así :
« ¡ Con linda flema te vienes !
Ten, y ruega á Dios por tí,
Que más necesidad tienes. »

Hablando de cierta historia,
A un necio se preguntó :
« ¿ Te acuerdas tú ? » ; y respondió :
« Esperen que haga memoria. »
Mi Ines, viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento :
« Haz tambien entendimiento,
Que te costará lo mismo. »

JUAN MELENDEZ VALDES.

ANACREÓNTICAS.

Tras una mariposa,
Cual zagalejo simple,
Corriendo por el valle,
La senda á perder vine.
Recostéme cansado,
Y un sueño tan felice

Me asaltó, que aún gozoso
Mi labio lo repite.

Cual otros dos zagales
De belleza increíble,
Baco y Amor se llegan
A mí con paso libre ;
Amor un dulce tiro ,
Riendo, me despide ,
Y entrambas sienes Baco
De pámpanos me ciñe.

Besáronme en la boca
Despues, y así apacibles,
Con voz muy más suave
Que el céfiro, me dicen :

«Tú de las roncacas armas
Ni oírás el són terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.

»La paz y los amores
Te harán, Batilo, insigne ;
Y de Cupido y Baco
Serás el blando cisne.»

Viendo el Amor un dia
Que mil lindas zagalas
Huian dél medrosas
Por mirarle con armas,
Dicen que, de picado ,
Les juró la venganza ,
Y una burla les hizo,
Como suya, estremada.

Tornóse en mariposa ,
Los bracitos en alas,

Y los piés ternezuelos
En patitas doradas.

¡Oh! ¡que bien que parece!
¡Oh! ¡qué suelto que vaga,
Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar!

Ya en el valle se pierde,
Ya en una flor se para,
Ya otra besa festivo
Y otra ronda y halaga.

Las zagalas, al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan
Y en seguirle no tardan.

Una á cogerle llega,
Y él la burla y se escapa;
Otra en pos va corriendo,
Y otra simple le llama;

Despertando al bullicio
De tan loca algazara
En sus pechos incautos
La ternura más grata.

Ya que juntas las mira
Dando alegres risadas,
Súbito amor se muestra
Y á todas las abraza.

Mas las alas ligeras
En los hombros por gala
Se guardó el fermentido,
Y así á todos alcanza.

Tambien de mariposa
Le quedó la inconstancia:
Llega, hiere y de un pecho
A herir otro se pasa.



Al prado fué por flores
La muchacha Dorila,
Alegre como el Mayo,
Como las Gracias linda.

Tornó llorando á casa,
Turbada y pensativa,
Mal trezado el cabello
Y la color perdida.

Pregúntanla qué tiene,
Y ella llora afligida;
Háblanla, no responde;
Ríñenla, no replica.

Pues ¿qué mal será el suyo?
Las señales lo indican:
Que cuando fué por flores,
Perdió la que tenía.

LETRILLAS.

*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*

Ora vagos giren,
O párense atentos
O miren exentos,
O lánguidos miren,
O injustos se airen
Culpando mi ardor,
*Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.*

Si al fanal del día
Emulando ardientes,

Alientan clementes
La esperanza mia,
Y en su halago fia
Mi crédulo error,
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Si evitan, arteros,
Encontrar los míos,
Sus falsos desvíos
Me son lisonjeros.
Negándome fieros
Su dulce favor,
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Los cierras burlando,
Y ya no hay amores,
Sus flechas y ardores
Tu juego apagando:
Yo entónces, temblando,
Clamo en tanto horror:
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Los abres riente,
Y el amor renace,
Y en gozar se place
De su nuevo oriente.
Cantando demente
Yo al ver su fulgor:
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Tórnalos, te ruego,
Niña, hácia otro lado,
Que casi he cegado
De mirar su fuego.
¡Ay! tórnalos luego;

Más no con rigor :
Tus lindos ojuelos
Me matan de amor.

Bebamos, bebamos
Del suave licor,
Cantando beodos
A Baco y no á Amor.

Amigos, bebamos,
Y en dulce alegría
Perdamós el día,
La copa empinad.
¿En qué nos paramos?
La ronda empecemos,
Y á un tiempo brindemos
Por nuestra amistad.

Bebamos, bebamos, etc.
¡Oh, qué bien que sabe!
Otro vaso venga :
Cada cual sostenga
Su parte en beber.

Y quien quiera alabe
De Amor el destino ;
Yo tengo en el vino
Todo mi placer.

Bebamos, bebamos, etc.

¡Oh vino precioso!
¡Cómo estás riendo,
Saltando, bullendo!
¿Quién no te amará?
Tu olor delicioso,
Color sonrosado,
Sabor delicado,

¿Qué no rendirá?

Bebamos, bebamos, etc.

Amor da mil sustos,

Ansias y dolores;

Coja otro sus flores,

Cójalas por mí,

Que yo mis disgustos

Templaré bebiendo,

¡Oh Baco! y diciendo

Mil glorias de tí.

Bebamos, bebamos, etc.

Tú al Indo venciste,

Tú los tigres fieros

Cual mansos corderos

Pudiste ayuntar.

Tú el vino nos diste,

El vino, que sabe

La pena más grave

En gozo tornar.

Bebamos, bebamos, etc.

Venga, venga el vaso,

Que un sorbo otro llama;

Mi pecho se inflama,

Y muero de sed.

Nadie sea escaso,

Ni aunque esté caído,

Se dé por rendido:

Amigos, bebed.

Bebamos, bebamos

Del suave licor,

Cantando beodos

A Baco y no ó Amor.



ODAS HERÓICAS.

DE LA INCONSTANCIA DE LA SUERTE.

¿Ves, oh dichoso Lícidas, el cielo
Brillar en pura lumbre,
Y el sol sublime en la celeste cumbre
Animar todo el suelo?

¿La risa de las flores y el pomposo
Verdor del fresco prado?

¿Bullir lascivo el céfiro, el ganado
Ir paciendo gozoso?

¿Cómo los altos árboles se mecen,
Y entre el blando sonido
Los coros de las aves que el oído
Y el ánimo adormecen?

¿Cómo el arroyo se desliza y salta,
Y al salpicar las flores,
Su grata variedad y sus colores
De perlas mil esmalta?

¡Ay! tiembla, tiembla, que fatal un hora
Sople el cierzo inclemente,
Revuelva el cielo, anuble el sol fulgente,
Y su honor lleve á Flora;

Las hojas de los árboles sacuda
Y esparza por la vega;
Pare al arroyo que fugaz la riega,
Y al ave deje muda.

Así ominosa la inconstante suerte
A su antojo varía

La faz del universo en solo un dia,
Y en mal el bien convierte.

Ella derroca el cedro más altivo,
Estremece al tirano,
Da la púrpura á un mísero villano
Y hace á un rey su cautivo.

La negra ingratitude, la desabrida
Dureza la acompaña,
La vil doblez, que á la bondad engaña,
Y la insolencia erguida.

Evita, pues, un lamentable caso ;
Súfrela inexorable ;
Si la diestra te ofrece favorable,
Modera, cuerdo, el paso ;

Y no á un dudoso piélagos te entregues,
Marinero inexperto ;
O infeliz llorarás, sin luz ni puerto,
Cuando en su horror te anegues.

Un tiempo yo la vi también contenta
Y con rostro sereno.
Engañóme cruel. Del daño ajeno,
Lícidas, escarmienta.

EL MEDIODÍA.

Velado el sol en esplendor fulgente
En las cumbres del cielo,
Lanza derecho ya su rayo ardiente
Al congojado suelo,

Y al mediodía rutilante ordena
Que su rostro inflamado
Muestre á la tierra, que á sufrir condena

Su dominio cansado.

El viento el ala fatigada encoge
Y en silencio reposa;
Y el pueblo de las aves se recoge
A la alameda umbrosa.

Cantando ufano en dulce caramillo
Su zagaleja amada,
Retrae su ganado el pastorcillo
A una fresca enramada,

Do juntos ya zagales y pastoras,
En regocijo y fiesta
Pierden alegres las ociosas horas
De la abrasada siesta.

Mientras, en sudor el cazador bañado,
Bajo un roble frondoso,
Su perro fiel por centinela al lado,
Se abandona al reposo;

Y más y más ardiente centellea
En el cenit sublime
La hoguera que los cielos señorea
Y el bajo mundo oprime.

Todo es silencio y paz. ¡ Con qué alegría,
Reclinado en la grama,
Respira el pecho! Por la vega umbría
La mente se derrama;

O los ojos alzando embebecido
A la esplendente esfera,
Seguir anhelo, en su extension perdido,
Del sol la ardua carrera.

Deslúmbrame su llama asoladora,
Y entre su gloria ciego,
Torno á humillar la vista observadora
Para templar su fuego.

Las pródidas abejas me ensordecen
Con su susurro blando,

Y las tórtolas fieles me enternecen,
Dolientes arrullando.

Lanza á la par sensible filomena
Su melodioso trino,
Y con su amor el ánimo enajena,
Y suspirar divino.

Serpea entre la hierba el arroyuelo,
En cuya linfa pura
Mezclado resplandece el claro cielo
Con la grata verdura.

Del álamo las hojas plateadas
Mece adormido el viento,
Y en las trémulas ondas retratadas
Siguen su movimiento.

¡Cómo á lo léjos su enriscada cumbre
Descuella la alta sierra,
Que recamada de fulgente lumbre
El horizonte cierra!

Estos largos collados, estos valles
Pintados de mil flores,
Esta fresca alameda, en cuyas calles
Quiebra el sol sus ardores;

El vago enmarañado bosquecillo,
Do casi se oscurece
La ciudad, que, del día al áureo brillo,
Cual de cristal parece;

Estas lóbregas grutas..... ¡oh sagrado
Retiro deleitoso!
En tí solo mi espíritu aquejado
Halla calma y reposo.

Tú me das libertad, tú mil süaves
Placeres me presentas,
Y mi helado entusiasmo encender sabes,
Y mi cítara alientas.

Mi alma sensible y dulce en ver se goza

Una flor, una planta,
El suelto cabritillo que retoza,
La avecilla que canta.

La lluvia, el sol, el ondeante viento,
La nieve, el hielo, el frío,
Todo embriaga en celestial contento
El tierno pecho mio;

Y en tu abismo, inmortal naturaleza,
Olvidado y seguro,
Tu augusta majestad y tu belleza
Feliz cantar procuro;

La lira hinchendo en mi delirio ardiente
Los cielos de armonía,
Y siguiendo el riquísimo torrente
Audaz la lengua mía.

CONSEJOS Y ESPERANZAS DE MI GENIO EN LOS
DESASTRES DE MI PATRIA.

Tus alas de oro, de felice vuelo,
Dame ¡oh genio divino!
A quien impuso favorable el cielo
Velar en mi destino.

Huiré veloz de esta llorosa tierra
A otra region más pura,
Do libre y léjos tan infanda guerra,
Respire en paz segura.

Doquier incendios, crímenes, gemidos,
Sangre, y muertes, y horrores,
Y tigres miro, sin piedad ni oídos
Al ruego y los clamores.

¡Execrable maldad! Ciego el ibero

De un furor inhumano,
Fulmina impío el reluciente acero
Contra su propio hermano.

Sopla la inmensa llama, en faz aleve,
La anarquía orgullosa,
Y el sello forja que su frente lleve
De servidumbre odiosa,

Aguijando con fiera gritería
Del vulgo atroz la saña.

¿Será ¡ay! que llegue el postrimero día
A la infeliz España,

Así dispuesto, por ejemplo al mundo
Y á todas las edades,
Del cielo, airado, en su saber profundo,
Contra nuestras maldades?

¿Y su nombre, otro tiempo tan temido,
Y su prez y alta gloria,
Blason tanto y afán esclarecido,
Que engrandece la historia

De nuestros padres, y feliz la fama
De las puertas de Oriente
Con su trompa inmortal volando aclama
Al lóbrego Occidente,

Al hondo olvido irán por la bajeza
De sus degenerados
Bastardos nietos, en la vil pobreza
Y el oprobio abismados?

¡Y á ultraje tanto á la enemiga suerte,
En su encono inflexible,
Guardarme plugo, sin ahogar la muerte
Mi corazón sensible!

Tus alas, paraninfo, vagarosas
Dame, dame benigno:
A las esferas treparé lumbrosas,
Y huiré este suelo indigno,

Donde al delito entronizado veo,
La virtud lacerada,
La verdad santa del error trofeo,
Y la inocencia hollada.

O vide, ó parecióme que á mi anhelo
Mi genio condolido,
Raudo bajando del excelso cielo,
Así sonó en mi oído :

« Firme sostente y con serena frente ;
Que nunca al pecho entero
Hundió la tempestad ; pasa el torrente,
Y él se alza muy más fiero.

» Seguirá el sol tras la tiniebla oscura,
Y á la discordia que ora
Trastorna el mundo y tu constancia apura,
La paz consoladora.

» Héla cual iris asomar radiante ,
Y á su luz las naciones
Al fausto cielo en júbilo incesante
Colmar de bendiciones.

» Vuelto el ibero de su error impío ,
Y en el hogar colgado
El acero fatal, su ceño umbrío
Verá en amor tornado ;

» Con lazo firme y fraternal unirse
Su juventud lozana,
Y á una todos con lágrimas reirse
De esta cólera insana.

» Plácidos días de inmortal contento
Correrán y reposo ,
Cual en pos del Invierno turbulento
Asoma Abril hermoso.

» Y de su helado sueño despertando,
Parece que revive
El ancho suelo con su aliento blando,

Y un nuevo sér recibe.

»Tú el choque, en tanto, con inmóvil planta
Resiste del destino,
Que así las olas hórridas quebranta
Escollo al mar vecino.

»Ruedan en tumbos mil, con rabia fiera
Su erguida frente hieren ;
Instan, bátenlo, tornan, y en ligera
Niebla deshechas mueren.

»Tu asilo sea tu constante pecho,
Inaccesible muro
Al miedo, al interes, á un vil despecho ;
Y allí espera seguro,

»Miéntras el cielo plácido se ostenta,
Y un viento más süave
Lleva al puerto, en tan áspera tormenta,
La malparada nave.»

Dijo, y desapareció..... Tu aviso santo
Dócil y humilde sigo.
¡Oh genio celestial! séme tú en tanto
Guarda y potente abrigo.

EL FANASTISMO.

Tronó, indignado, el cielo,
Y sus polos altísimos temblaron
Contra el ciego mortal, que en torpe rito
Mancillára en el suelo
La imágen soberana
De su Autor infinito.
Al Dios del universo abandonaron
Sus hijos por la vana

Deidad que, impíos, de su mano hicieran,
Y nuevo culto crédulos le dieran.

Aquí acatar se via
La piedra bruta, miéntra allá, abrasado
Entre los brazos del helado viejo,
El infante gemia.
En el remoto Nilo,
Con infame cortejo,
Iba, y danzas y cánticos, llevado,
El feroz cocodrilo ;
Y la casta matrona incienso daba
Al adulterio, que su pecho odiaba.

Tronó el cielo en oscura
Noche y en tempestad hórrida y fiera,
Y á la tierra el sangriento fanatismo
Lanzó en su desventura.
Las cadenas crujieron
Del pavoroso abismo,
Tembló llorosa la verdad sincera,
Los justos se escondieron,
Triunfando, en tanto, en júbilo indecente
El fraude oscuro y la ambicion ardiente.

El monstruo cae, y llama
Al celo y al error, sopla en su seno,
Y á ambos al punto en bárbaros furores
Su torpe aliento inflama.
La tierra, ardiendo en ira,
Se agita á sus clamores ;
Iluso el hombre, y de su peste lleno,
Guerra y sangre respira ;
Y envuelta en una nube tenebrosa,
O no habla la razon, ó habla medrosa.

Y él va, y crece, y se extiende
Del suelo en la ancha faz, los altos cielos
Su frente toca, la soberbia planta

Al abismo descende.
Con su cetro pesado
Los imperios quebranta ;
De pálidos espectros, de recelos
Y llamas rodeado,
El orbe, cual un dios, ciego le implora,
Y sus leyes de sangre, humilde adora.

Entónces fuera cuando
Aquí á un iluso estático se vía,
Vuelta la inmóvil faz al rubio oriente,
Su tardo dios llamando ;
En sangre allí teñido
Al bonzo penitente ;
Sumido á aquél en una gruta umbría ;
Y el rostro enfurecido,
Señalar otro al vulgo fascinado
Lo futuro, en la tripode sentado.

Doquier un nuevo rito,
Y un presagio fatal, que horrible llena
La tierra de mil pánicos terrores ;
Confundido el delito
Con la virtud gloriosa ;
Coronada de flores
La infeliz vírgen, que á morir condena
La cazadora diosa ;
Y en medio un pueblo, que su celo admira,
La indiana alegre en la inflamada pira.

Así el monstruo, batiendo
Las rudas palmas en su trono umbroso,
Rige, insolente, al orbe consternado ;
Cual con fragor tremendo
Su hondo seno estremece
El Vesubio inflamado,
El cielo envuelto en humo pavoroso
Su alba faz oscurece,

Y cubre un ancho mar de ardiente lava
El rico suelo do Pompeya estaba.

De puñales sangrientos
Armó de sus ministros, y lucentes
Hachas, la diestra fiel; ellos clamaron,
Y los pueblos, atentos
A sus horribles voces,
Corriendo van; temblaron
Los infelices reyes, impotentes
A sus furias atroces;
Y ¡ay! en nombre de Dios, gimió la tierra
En ódio infando, en execrable guerra.

Cada cual le ve ciego
En su delirio atroz; oír le parece
Su omnipotente voz, y armar su mano
Siente del crudo fuego
De su ira justiciera.

Del hermano el hermano,
Del hijo el padre víctima perece,
Y en la encendida hoguera
Lanza el esposo á la inocente esposa:
Ni un ¡ay! su alma feroz despedir osa.

¿Qué es esto, Autor eterno
Del triste mundo? ¿Tu sublime nombre
Que en él se ultraje á moderar no alcanzas?
¿Desdeñas el gobierno
Ya de tus criaturas,
Y á infelices venganzas
Y á sangre y muerte has destinado el hombre?
¿O en tantas desventuras,
Sin que haya un coto á su dominio odioso,
Satan por siempre triunfará orgulloso?

Vuelve, y á tu divina
Nuda verdad en su pureza ostenta
Al pavorido suelo; el azorado

Mortal su luz benigna
Goce, y ledó respire;
No tiemble desmayado,
No tiemble, no, tu cólera sangrienta
Cuando tu cielo mire.
Dios del bien, vuelve, y al averno oscuro
Derroca, omnipotente, el monstruo impuro.

¡Ay, que toma la insana
Ambicion su disfraz, y ardiente irrita
Su rabia asoladora y sus furores!
La cuadrilla inhumana
¡Cuál vaga! ¡Qué encendido
El rostro y qué clamores!
¡Cómo á abrasar, á devastar se incita!
Y en tremendo ruido
Corre, vibrando la sonante llama,
Y al Dios de paz en sus horrores llama.

Vedla, vedla regida
Del fiero Mahomet, cual un torrente
Que ondisonante la anchurosa tierra
Devasta sumergida,
De la Arabia abrasada
Con la llorosa guerra
Precipitarse en el tranquilo Oriente,
En la diestra la espada,
Y el *Alcoran* en la siniestra alzando,
Muere ó cree, frenética clamando.

De allí, de luto llena
El Africa infeliz, y tu luz clara
En su ira ardiente ¡oh España! ¡oh patria mia!
A esclavitud condena.
El trono, de oro hecho
Y rica pedrería,
Que opulenta Toledo un tiempo alzára,
En polvo cae deshecho.



Alcázares, ciudades, templos, todo
Se hunde, ¡oh dolor! con el poder del godo.

El de Ismael domina
Del Indo al mar Cantábrico, y la mora
Llama en el ancho suelo arde ligera.
En medio la ruina
Del orbe amedrentado,
La ominosa bandera
Se encumbra de la luna triunfadora;
Y ¡ay! en tigre mudado,
Ciego el califa, en su sangriento celo,
Despuebla el mundo por vengar el cielo.

Súbito en niebla oscura
Sumir se vió la tierra desolada,
Y el genio y las virtudes se apagaron;
Su divina hermosura
Las ciencias congojosas
Entre sombras lloraron
A manos del error vilmente ajada;
Y de mil pavorosas
Supersticiones la conciencia llena,
Se dobló el hombre su infeliz cadena.

JUAN PABLO FORNER.

SONETOS.

Espero, ese poder, esa grandeza
Con que el hado burlon te engolosina,
Si añagazas no son á tu ruina,
Serán castigo á tu mortal vileza.

Tú, encenagado en súbita riqueza,
Te huelgas torpe en su engañosa mina.
¿A tanto el cielo tu idiotéz empina?
Ó la nuestra peligra ó tu cabeza.

No es Dios injusto, no: jamas consiente
Gloria al malvado, ni elevado empleo
Sin causa al necio permitir le plugo.

Tu grandeza es patíbulo eminente;
Si á su cima no subes como reo,
Subes ¡mira qué horror! como verdugo.

Lleva, pastor, la mano más ligera
Cuando el blanco vellon á la ovejilla
Cortas avaro; que en su sangre brilla

Teñida ásperamente la tijera.

Ella en tiernos balidos de tu fiera
Codicia se lamenta; y la sencilla
Fe te recuerda con que á tí se humilla,
Aunque el prado sin tí pacer pudiera.

Si dices que del lobo la defiendes
Y que su lana en recompensa tomas,
El vellon, no la oveja, se destruya.

Pues si á estilo de lobo tu la ofendes
Y es menester que con su sangre comas,
¿Qué va á ganar en la defensa tuya?

Ya silba el viento en la nevada cumbre,
Y al soplo impetuoso la cabaña
Vacila del zagal, que en frágil caña
Con paja entretejió flaca techumbre.

Y Bato el mayoral, sin pesadumbre,
Aunque su grey del aquilon la saña
Siente y perece, con paciencia extraña
Huelga al calor de regalada lumbre.

El mísero zagal humedecido
De helada nieve, por salvar se afana
La grey no suya en el pelado ejido.

Zagal, reposa; tu fatiga es vana:
Su hacienda el mayoral tiene en olvido,
Y ni á acordarse de tu afan se humana.

Despierta, Elpin, y guarda que al hambriento
Lobo no sirva, no, tu grey de pasto:
Tú roncas, y el zagal hace su gasto,
Devorando tus reses ciento á ciento,

De rojas pieles número cruento
Luégo te entrega el desalmado Ergasto ;
Y el daño apoca, aunque en ejido vasto
Pace escaso ganado y macilento.

Despierta, Elpin, y en las calladas horas,
Cuando sin luna las estrellan lucen,
Observa, espía á tus zagales fieles.

Verás cómo desuellan con traidoras
Manos tu grey, y pérfidos reducen
Tu hacienda toda á ensangrentadas pieles.

¿Ves, Lauso, desalado un vulgo impío
Correr furioso á la batalla horrenda,
Desnudo, hambriento y sin que el alma venda
Á esperanzas del propio poderío?

¿Ves tolerar del fatigado estío
La ardiente lumbre al recoger la ofrenda
De las espigas con audaz contienda
Tostada plebe en mísero atavío?

¿Ves arrostrar los mares al arrojó
De duras almas, que salvar presumen
Vida y tesoro en frágiles maderos?

Pues si no lo has, mi Lauso, por enojo,
Tanto afan, tantas vidas se consumen
Para que engorden fatuos altaneros.

CONDE DE NOROÑA.

ODAS.

Belisa, ¡cuán hermoso
Es ver de rubias mieses coronado
Un terreno espacioso,
De arbustos rodeado
Y flores olorosas esmaltado!
¡Cuán dulce el arroyuelo,
Que con curso apacible retorcido
Riega el ameno suelo,
Y halagando el oído,
Convida al sueño con su lento ruido!
¡Cuán gracioso parece
El pájaro en el árbol ir saltando,
Que en la rama se mece,
Y que está requebrando
A su amada, canciones entonando!
¡Cuán grato es ver hinchadas
Las velas de un convoy muy numeroso,
Y que las aceradas
Proas al mar furioso
Dividen con un surco prodigioso!
Pero más lisonjero
Que el campo, que el arroyo, más que el ave,
Más que el convoy ligero,
Y á mi alma más suave,

Es gozar de tu pecho, que amar sabe.

Y en tus brazos preciosos
Hallar todos los gustos reunidos ;
Esos gustos sabrosos
Y tan apetecidos ,
Que adormecen al punto los sentidos.

Quando miro, Fernando, congregadas
Las huestes sobre el llano ; que tremolan
Las bélicas banderas ; que el infante
Aprieta en la robusta mano el arma ;
Que el jinete impaciente arde y suspira
Por aflojar la rienda al bridon suelto ,
Que tascando el bocado se consume ,
Y que, por otra parte, los cañones
Estremecen los montes convecinos ;
Quando veo, por fin, saltar ligera
A la muerte feroz sobre su carro ,
Y resonar sus ruedas pavorosas
Sobre nuestras cabezas, arrastrando
Tras sí sus espantosos compañeros ,
El pálido Temor, la no saciable
Mortandad, los relámpagos, el trueno ;
Y que, empuñando en la derecha el hierro,
Y el fuego en la otra mano, se salpica
El eje con la sangre de los hombres,
Y su carro se cubre de ceniza
De las obras y esfuerzos de las artes,
Que el tiempo mismo respetado habia ;
Quando encuentro á la Guerra en sus estragos,
Quando contemplo á César coronado
De sangrientos laureles, y que el triunfo
De Anibal, de Scipion, del grande Tito,

Sobre fuego , sobre humo , sobre nada
Se eleva y engrandece ; me enardezco
Y de lo hondo del pecho saco fuera
Estas palabras , en furor envueltas :
« ¡ Maldito una y mil veces el primero
Que , destrozando las sagradas leyes
De la naturaleza , quiso , osado ,
Eleva su cabeza con orgullo
Sobre todos los otros sus iguales ;
Y , deshaciendo los estrechos lazos
Con que estaban los hombres reunidos ,
Dió á la Discordia entrada , y á la Guerra
Revistió con el traje de la Gloria ,
Para que , deslumbrados los mortales ,
Por diosa del honor la diesen culto !
¡ Maldito , digo , quien así del orbe
Desterró para siempre la Paz dulce ;
La Paz , único bien que el hombre debe
Estrechar en su seno y con su boca
Cubrir de ardientes amorosos besos !
¡ Maldito , vuelvo á repetir airado ,
Su nombre horrible ! ¡ para siempre sea
Cubierto de ignominia , ó confundido
En los abismos hondos del Averno ! »

MANUEL MARÍA DE ARJONA.

CANTILENAS.

Pastorcito del alma,
No me abandones;
Que cercan mi camino
Mil salteadores.

Esta selva vecina
Llena está de leones,
Y sus fieros rugidos
Estremecen los bosques.

¡Ay! qué difícil,
¡Ay! qué intrincada
Es esta senda toda,
¡Pastor del alma!

Fatigada y rendida,
Quiero sentarme,
Pero temo traiciones
Por todas partes.

¡Ay de mí, desdichada,
Mísera pastorcilla,
Que mi amante me deja
Entregada á mí misma!

Sufro cuitada
Mi cruda suerte,
Y sólo gozo ¡ay triste!
Sombras de muerte.

Ni aún la cumbre del monte
Donde tú habitas,
Las lágrimas me dejan
Que yo perciba.
¿Me volveré á mi patria
Y al olvidado suelo?
Mas ni tú, amante, quieres,
Ni yo puedo, ni quiero.
Sigue constante,
Triste pastora ;
Que en tan dichosa empresa
Morir es gloria.

Y si el tigre te asalta,
Si el oso fiero,
Si el dragon sanguinario,
No tengas miedo.
De tu amor en las alas
Lograrás sublimarte,
Y sus necios furoros
Despreciarás triunfante.
¡ Ay, amor mio!
Sin luz ni guía,
Me bastarán las armas
De mi osadía.

¿ No ves, Corila mia,
Cómo aquel pajarillo
Busca el ramo más bello
Para su nido?

Pues sábetete que al árbol
Que lo albergó benigno,
Rohará de sus frutos
Lo más florido.

La turba que te cerca
De amadores fingidos
Te acuerde el hospedaje
Del pajarillo.

Ansioso á un ciervo herido
Yo vi buscar la fuente ;
¡ Misero ! y en sus aguas
Halló la muerte.
Teme, Licino mio,
Sediento de placeres,
Que imite la del ciervo
Tu triste suerte.

JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

SONETOS.

¡ Ay, cuántas veces á tus piés postrado,
En lágrimas el rostro sumergido,
A tus divinos labios he pedido

Un sí, crüel, que siempre me has negado !

Y pensando ya ver tu pecho helado
De mi tormento á compasion movido,
En vez del sí ¡ay dolor! he recibido
Un no, que mi esperanza ha devorado.

Mas si mi llanto no es de algun provecho,
Si contra mí tu indignacion descarga,
Y si una ley de aniquilarme has hecho,
Quítame de una vez pena tan larga,
Escóndeme un puñal en este pecho,
Y no me des un no que tanto amarga.

Suele tal vez, venciendo los rigores
Del crudo invierno y la opresion del hielo,
Un tierno almendro desplegar al cielo
La bella copa engalanada en flores ;

Mas ¡ay! que en breve vuelve á sus furores
El cierzo frio, y con funesto vuelo
Del ufano arbolillo arroja al suelo
Las delicadas hojas y verdores.

Si tú lo vieras, Silvia, « ¡oh, pobre arbusto,
Dijeras con piedad, la suerte impia
No te deja gozar ni un breve gusto ! »

Pues repítelo, ingrata, cada dia ;
Que el cierzo frio es tu rigor injusto,
Y el triste almendro la esperanza mia.

Crecido con las lluvias de repente
Rompe el rio las márgenes que baña,
E inundando sus aguas la campaña,
Arrasa frutos, árboles y gente.

El pastor, que asustado y diligente
Se subió, por librarse, á la montaña,
Ve desde allí el ganado y la cabaña
Envueltos en el rápido torrente.

Y aquel vivo dolor con que afligido
Mira ahogadas las tímidas ovejas,
Para siempre llorándose perdido,

No equivale á la angustia en que me dejas,
Silvia, cuando tu labio endurecido
Responde con desdenes á mis quejas.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

EL CIPRES, Ó EL LLANTO DE UNA MADRE.

Triste cipres, que entre las nubes meces
Tu oscura cima y tu letal verdor ;
Tú, que obelisco de afliccion pareces,
Al cielo eleva mi infeliz clamor.

Una flor lloro que la Parca dura
Robó á mi seno en su primer matiz ;
Un hijo tierno, flor de mi ventura,
Que voló al cielo y me dejó infeliz.

Nunca á mi falda le verán mis ojos
Venir alegre y retozar gentil ;
Ni más mi rostro de sus labios rojos
Sentirá el beso entre caricias mil,

¡Ay, para siempre en su graciosa boca
De madre el nombre al espirar se heló!.....
¡Y el de hijo en vano mi cariño invoca,
Que ya de un ángel no soy madre yo!
Triste cipres, si el lúgubre murmullo
Del viento airado te agradó tal vez,
Si te complace el gemidor arrullo
De tortolilla en mísera viudez,
Pasará el viento, cesará el gemido,
Y tú en el yermo solo quedarás;
Mas de esta madre el llanto dolorido
Será contigo sin cesar jamas.

LA FUNCION DE VACAS.

Grande alboroto, mucha confusion,
Voces de vaya y venga el boletin.
Gran prisa por sentarse en un tablon,
Mucho soldado sobre su rocin.
Ya se empieza el magnífico pregon,
Ya hace señal Simon con el clarin,
El pregonero grita: «Manda el Rey»;
Todo para anunciar que sale un buey.
Luégo el toro feroz sale corriendo
(Pienso que más de miedo que de ira);
Todo el mundo, al mirarle tan tremendo,
Ligero hácia las vallas se retira.
Párase en medio el buey; y yo comprendo
Del ceño con que á todas partes mira,
Que iba diciendo en sí el animal manso:
«Por fin, aquí me matan, y descanso.»
Sale luégo á echar plantas á la plaza

Un jaque presumido de ligero ;
Zafio, torpe, soez , y con más traza
De mozo de cordel que de torero.
Vase acercando al toro con cachaza ;
Mas no bien llega á ver que el bruto fiero
Parte tras él , furioso como un diablo,
Vuelve la espalda y dice : « Guarda, Pablo.»

Siguese á tan gloriosa maravilla
Un general aplauso de la gente :
Uno le grita : « Corre, que te pillas » ;
Otro le dice : « Bárbaro, detente. »
Y al escuchar lo que el concurso chillas,
Iba diciendo el corredor valiente :
« ¿ Para qué os quiero; piés ? dadme socorro ;
¿ No es corrida de bestias ? pues yo corro. »

A las primeras vueltas ya se halla
El toro solo en medio de la arena ;
Por no saber qué hacerse, va á la valla ,
A ver si en algun tonto el cuerno estrena ;
Mas desde allí la tímida canalla,
Que estando en salvo de valor se llena ,
Al pobre buey le ablandan el cogote,
Unos con pincho, y otros con garrote.

En esto, con su capa colorada
Sale á la plaza un malcarado pillo,
Puesto en jarras, la vista atravesada
Y escupiendo al traves por el colmillo,
Dice con una voz agacharada :
« Echen, echenme acá el animalillo » ;
Mas viene el buey , él piensa que le atrapa,
Quiere echarle la capa, pero escapa.

Hecha al fin la señal de retirada,
Que en otras partes suele ser de entierro,
Pues muere el animal de una estocada
Ó á las furiosas presas de algun perro,

Sale el manso y pastor de la vacada ;
Y al reclamo del áspero cencerro,
La plaza al punto el buey desembaraza,
Quedando otros más bueyes en la plaza.

LA DESPEDIDA DE SILVIA.

Ya llegó el instante fiero,
Silvia, de mi despedida,
Pues ya anuncia mi partida
Con estrépito el cañon.

A darte el adios postrero
Llega ya tu tierno amante,
Lleno de llanto el semblante
Y de angustia el corazon.

Llega tú, objeto divino,
Tiéndeme los brazos bellos ;
Que si logro yo que en ellos
Dulce acogida me des,

No conseguirá el destino
El golpe que quiere darme,
Porque ántes de separarme
Me verá muerto á tus piés.

¡ Oh ! si las pasiones nuestras
Fueran de igual violencia,
El dolor de nuestra ausencia
Se partiera entre los dos ;

Mas tú un semblante me muestras
Indiferente ó contento,
Cuando yo no tengo aliento
Ni aún para decirte adios.

Murmurando un manso rio

Baña el prado con sosiego,
Y por fruto de su riego
Bellas flores ve brotar ;
Tú en silencio, llanto mio,
Mi afligido pecho bañas,
Y de Silvia las entrañas
No consigues ablandar.

Mas ¿ qué dices, Silvia mia,
Con ese tierno suspiro?

¿ Por qué entre lágrimas miro
Tus ojos resplandecer,

Cual nube que en claro dia
Opuesta al sol se deshace,
Y el sol con sus rayos hace
Brillar el agua al caer?

¿ En mí los lánguidos ojos
Fijas con tanta ternura?

¿ Sin faltarle la hermosura
Falta á tu rostro el color?

¿ Vas á abrir los labios rojos,
Y el sentimiento los sella?

¿ Que en tí haya de ser tan bella
Aun la imágen del dolor !

¡ Insensato ! yo pensaba
Que la amarga pena mia
Algun alivio tendria
Si tú penáras tambien.

Al error que me engañaba
Concede, Silvia, el perdon ;
Ya siento más tu afliccion
Que ántes sentí tu desden.

Bien mio, por Dios te ruego,
Serena el triste quebranto ;
No vale tan bello llanto
Cuanto el mundo encierra en sí.



Pasen por tí con sosiego
De amor las horas serenas,
Y aquellas de angustias llenaa
Que se detengan en mí;

En mí, miserable y triste,
Por el cielo destinado
Para soportar del hado
La bárbara crüeldad ;

No en tí, que hermosa naciste ,
Llena de un poder divino
Para tener el destino
Sujeto á tu voluntad.

Por él tendrás el consuelo,
Miéntras que mi ausencia llores,
De encontrar mil amadores
Más de tu gusto que yo.

Otro á quien dispense el cielo
La fortuna de agradarte ;
Pero otro que sepa amarte
Como yo te amo, eso no.

No me enamoró tu trato,
Ni tu semblante perfecto,
Sino un simpático afecto
Que tal vez nací con él.

Yo me figuré un retrato
De las gracias verdaderas ,
Y conocí que tú eras
El original de aquél.

No suele, en tierra caído,
Tan turbado é indeciso
A un relámpago improviso
El caminante quedar,

Como yo de amor perdido
Al mirar tu bello rostro,
Pues luégo á tus piés me postro

Y te adoro á mi pesar.

Mas yo parto... ¡ay Dios! mis penas

En la explicacion no caben;

Los cielos solos las saben,

Que el fondo del alma ven,

Y vieron las horas llenas

De deliciosos recreos

Que colmaron mis deseos

En los brazos de mi bien.....

Ya las aguas blandamente

Mueve afable ventolina,

Y de la gente marina

Se oye la confusa voz;

Ya del ancla el corvo diente

Del fondo tenaz retiran:

Todos á darme conspiran

Una muerte más veloz.

Ya con planta vacilante

Piso la débil barquilla,

Pronta á abandonar la orilla

Y llevarme al gran bajel.

Silvia, á tu infeliz amante,

En los últimos momentos,

¡Qué funestos pensamientos

No le asaltan de tropel!

Conozco el dulce desquite

Con que pagas mis ternezas,

Se me acuerdan tus finezas,

Tu cariño bien lo sé:

No hay prueba que no acredite

Tu pasión en mi presencia;

Pero ¿quién sabe en la ausencia

Si sabrás guardarme fe?

Ese atractivo divino,

De mi sumo bien origen,

Tal vez los hados lo eligen
Por principio de mi mal ;
Y mientras yo , ausente y fino,
Mi perdida prenda lloro,
Los encantos que yo adoro
Gozará un feliz rival.

No, mi bien ; no, gloria mia.
¡Oh! no se lleven los vientos
Esos tiernos juramentos
Que el universo envidió ;
Venzamos la tiranía
Del tiempo y de la distancia
Con la invariable constancia
Del lazo que nos unió.

Al salir el sol brillante,
Al poner sus luces bellas,
Al nacer luna y estrellas,
Estaré pensando en tí ;

No me apartaré un instante
De esta idea encantadora ;
Y tú entretanto, traidora,
Ni aún te acordarás de mí.

A solas mi pensamiento,
Engolfado en esos mares,
Repasará los lugares
Donde contigo me vi :

Entonces mi sentimiento
Hará sensibles los bronces ;
Tú, más que ellos dura, entonces
Ni aún te acordarás de mí.

Aquí vi sus perfecciones,
Allá la juré mi dueño ,
Allí con labio halagüeño
Me dió el venturoso sí.

Tal vez estas reflexiones

Harán que el dolor me acabe;
Y tú entre tanto, ¿quién sabe
Si te acordarás de mí?

Llamaré instante de gloria
Aquel en que vi tu gracia,
Y origen de mi desgracia
El punto en que la perdí:

Mil veces esta memoria
Me hará renovar el llanto;
Y tú, ¿quién sabe entre tanto
Si te acordarás de mí?

Cuando sólo se estén viendo
En el cielo las señales
Con que asusta á los mortales
El supremo Criador;

Oigase el tronar horrendo
En las cavernas más hondas,
Y del mar las turbias ondas
Se levanten con furor;

Cuando, impelido del Noto,
El soberbio mar Tirreno
Quiera desde su hondo seno
Las estrellas asaltar;

Y emplee el triste piloto
En vez de la ciencia el ruego,
Viendo ser su nave el juego
De la cólera del mar;

Entre los roncós clamores
De gente que atribulada
Ante sus ojos la espada
De la muerte ve lucir,

Yo haré que de mis amores
Tan negro horror se despida;
Y ¡adios, Silvia de mi vida!
Se oirá en los vientos gemir,

FÉLIX JOSÉ REINOSO.

ODA CONTRA LOS INCRÉDULOS.

Dijo el necio: «No hay Dios. Osado un hombre,
Pretende sojuzgar el orbe entero
A su arbitrario mando,
Y el poder fingió artero
Del númen vengador, en cuyo nombre
Su imperio levantar. Cayó temblando,
Y dobló entónces la cerviz al yugo
La muchedumbre ilusa.—El hombre siente
Cual el bruto viviente.
No el que á un tirano plugo,
Sino natura es Dios. ¿Dónde está, dónde,
Esa deidad que del mortal se esconde?»
Tú, Señor, Dios de Abran, en cuya ira
Saltan los montes de pavor, y en humo
Ardiendo sube el suelo
Del sacro templo sumo,
Oye mi voz, y al insolente mira
Que osó mover su lengua contra el cielo.
Tú, Dios, tú hablas victorias. ¡Oh! delante
De tu faz va la muerte; tu vestido,
De llamas guarnecido.
¿Quién á tí semejante
Entre los fuertes es, Jehová guerrero?

Rayos tus ojos son, la voz tu acero.

Tu gloria anuncia el firmamento alzado

En sus lumbres sin fin. Nace fulgente

El sol, y al universo

¡ Dios! proclama en Oriente;

¡ Dios! el véspero suena; alza nevado!

Sobre las cimas el semblante terso

La luna y *Dios* repite; *Dios* el coro

De estrellas en su giro ardiendo clama.

Vuela cual leve llama

El acento sonoro

Por el orbe; mas, ciego el descreído,

Tapió con ambas manos el oído.

Dijo: «No hay mas allá de lo terreno,

Mañana no seré. Venid, bebamos;

Holguemos este día;

Al justo persigamos

Y al huérfano infeliz. Cual prado ameno

El opresor florece; en Dios confía,

Y es humillado el simple.»—¡Ay, Dios, qué brama

El desleal! De su furor creciente

Nos sumerge el torrente:

En nuestro pan derrama

La hiel, en nuestro pecho agudas penas:

Sus manos, de órfandad y sangre llenas.

¡Y prospera el infiel! Señor, mi planta

Resbala y titubea; yo ardo en celos

Por la paz del malvado.

Cual águila en sus vuelos,

Así él crece en su dicha y se levanta,

Y dije: «En vano el corazón manchado

Y las manos lavé; de la mañana

A la tarde padezco.»—Mas te agravio,

Señor, con torpe labio;

Porque la mente insana

El fin no ve del justo que en tí fie ;
Y entónces , ¡ ay del que de Dios se rie !
¿ Dónde el feroz huirá ? Si dela aurora
Toma las alas y con raudo vuelo
Corre allá do los mares
Valladar son del suelo ,
Le alcanzará tu diestra vengadora,
Tornaránse sus dichas en azares ,
Cual heno al fuego pasarán sus dias.
« La noche esconderá en su seno umbrío ,
Dijera aquel impío ,
Mi crimen y falsías. »
Mas no hay sombra ante Dios : la niebla oscura
Brilla á sus ojos como llama pura.
Manda presto tu ira cual rugiente
Leon devorador ; caiga el espanto
Sobre el necio orgulloso ;
Su manjar sea el llanto.
¿ El fuerte de Isráel con sesga frente
Oirá su nombre blasfemar ? ¿ Gozoso
Moverá el arrogante la cabeza
Contra Jehová ? ¡ Contra Jehová el gusano !
« Que venga , dice ufano ;
Que muestre su grandeza
Ese Dios y creerélo. » ¿ Y lo percibe ,
Señor , tu oido , y aún el fiero vive ?
¡ Y vive él y te mofa ! — Tiende , ¡ oh ! tiende
El brazo triunfador que al mar bramante
En sus lindes encierra.
De tu airado semblante
El fuego lanza que las nubes hiende
Y los cedros del Líbano soterra.
¡ Sús ! vibra ¡ oh Prepotente ! El duro pecho
Atraviese tu dardo enherbolado ,
Y caiga aquel malvado ;

Caiga y á su despecho ,
Falleciente, el poder confesará
De *el que es, el que ha sido, el que será*

TOMÁS JOSÉ GONZALEZ CARVAJAL.

—
ODA.
—

AL ESPÍRITU-SANTO.

La fuerza poderosa
Cantaré del amor en este día,
Y la maravillosa
Llama en que Dios ardia,
Y el soberano dón que al suelo envia.

En el principio eterno
Sin principio ni fin, del Padre era
El Verbo sempiterno,
De inefable manera,
Imágen fiel, sustancia verdadera.

El Padre lo engendraba
Y en eterno esplendor lo producía:
El uno al otro amaba,
Y del fuego que ardia
El Espíritu-Santo procedía.

¡Oh clara, luminosa,
Generacion eterna, inenarrable!
¡Oh procesion dichosa
De amor inagotable,
Abismo profundísimo, insondable!
Por tí el orbe criado
En el fuego de amor luégo se inflama;
Que de uno en otro lado
Prende la sacra llama,
Y todo arde en un punto, y todo ama.
Ama su centro el grave,
Ama lo leve la sublime esfera,
Ama el pez, ama el ave,
Ama la agreste fiera,
Y la planta y la flor á su manera.
Amor respira el cielo,
Amor la tierra, amor las aguas puras;
Y con acorde anhelo
Do quier, amor, procuras
Al Hacedor unir á las criaturas;
Que en dulce consonancia
Del amor siguen todas la armonía,
Y amor es la sustancia
Que las sustenta y cria,
Mientras torpe afición no las desvia,
Cual de Eden en el huerto
A nuestro comun padre desviára,
Y en triste desconcierto
La armonía trocára
Del orbe, y su destino malográra.
Volaste huyendo al cielo,
Santo amor, y sus flores en abrojos
Convirtió triste el suelo,
Y en llanto nuestros ojos
Su paz, y nuestras dichas en enojos,

Mas ya vuelves ahora
Para no te ausentar, y renovado
El mundo ya te adora
Por aquel enviado
Que triunfó de la muerte y del pecado.

¡Oh, bien venido seas,
Parácleto eternal, que con tus dones
Nos nutres y recreas!
Lluevan tus bendiciones
Sobre nuestros contritos corazones.

Y nunca profanado
Se vea ya tu templo, ni su lumbre
Y esplendor eclipsado,
Ni el alma se acostumbre
Del pecado á sufrir la pesadumbre.

Si alguna vez caemos,
Tú á levantarnos vén, y tú nos guia
Y alumbra, si no vemos;
Y si el pecho se enfria,
Vén, y tu calor santo en él envia.

Vén, y nos fortalece,
Si alguna vez nuestro valor flaquea;
Y tu ley enderece
El pié, si se ladea,
Si tímido se pára ó titubea.

Sople el impetuoso
Viento en el alto techo, y resonando
El ámbito espacioso,
Y amores derramando,
Lleve tras sí las almas arrastrando.

El fuego centellante
Que sobre los apóstoles ardia
Al pecho de diamante,
Al alma seca y fria
Ablande y dé calor en este dia,

Y unidos y enlazados
En tus lazos, oh amor omnipotente,
De pueblos apartados
Haz una sola gente,
Un corazon, un alma solamente.

NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS.

ODAS.

Á LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795.

¿Qué fogoso volcan amenazando
Hierva en mi corazon, que en paz dormia,
Bien como en el abismo hondi-tronante
Del Etna cuando brama y humeando
Va á romper? Tente, tente, fantasía,
¿Dó me arrastras? Perdona; mi sonante
Cítara suspendí; mi labio mudo
Para siempre olvidó la voz del canto.
Y ¿cómo he de cantar entre el espanto
Con que Marte sañudo
En rencorosa guerra
Muda en sepulcro la anchurosa tierra?
¡Oh Pirineo! ¡Oh campos de Gerona!
¡Espectáculo atroz! ¡oh! ¿Quién me aleja
De esta escena crüel de sangre y lloro,
Do el fratricidio la discordia abona,

Donde es muerte el honor? ¡Ay! ¡cuál refleja
El acero infeliz los rayos de oro
Del sol vivificante! ¡Cuál rechina
El carro horrible do el cañon sentado
Va de viudez y de orfandad preñado!
¡Cuánto llanto y rüina
Y sepulcro está abriendo
Del trémulo tambor el ronco estruendo!

Tened, crüeles. ¿Contra quién esgrime
El duro hierro la insensata mano?
¿Dó está la humanidad, el dón divino
Que en nuestras almas, al nacer, imprime
La natura? ¡Perezca el inhumano
Que el feroz ministerio de asesino
El primero ejerció! ¡Que el hondo averno
Trague hasta el nombre del que alzó malvado
Altars al valor ensangrentado,
Y de laurel eterno
Ciñendo su cabeza,
Dijo: «¡Sea virtud la impia dureza!»

Hirió su voz de Jérjes el oído,
Que, el escudo batiendo con la lanza,
La guerra ordena al hijo del Oriente.
En la ilusion de su altivez dormido,
Sueña que el universo á su pujanza
Ya inclina con temor la esclava frente.
Marcha, triunfa; de Esparta en los leones
Da, cía, los rodea, caen rugiendo;
Y su rugir Temístocles oyendo,
Mueve al mar sus pendones,
Y allí, la diestra alzada,
Tumba de toda el Asia fué su espada.

¿Huyes, oh Jérjes? ¿Tan ópimo fruto
Te valió tu venganza lisonjera?
¿Huyes? ¿Adónde huirás? Ya se adelanta

A recibirte en doloroso luto
Asia ; y « ¿ qué fué mi juventud guerrera ?
Te pregunta. Mis campos, do levanta
El abrojo su frente ignominiosa,
Piden los brazos donde en paz amiga
Su sien posaba la materna espiga.

La amante lagrimosa
Busca á su amor , no le halla ;
Que, polvo yerto, para siempre calla.

» ¡ Hijo adorado, en mi vejez odiosa
Unico puerto de mi ingrata suerte !
Desamor, soledad, ¿ ésta es la herencia
Que me vuelven de tí ? Noche afrentosa
De mi himeneo, en que el amor fué muerte,
¡ Jamas seas !..... exclama en la vehemencia
De su hondo pesar la anciana madre.
Mientras la viuda, en lágrimas deshecha,
Los huerfanitos en su seno estrecha ;
Y, la mente en su padre,
Mil futuros temores

Flechau su corazon con mil dolores.

» Tú me arrancaste con tu infanda guerra
Mi laboriosa paz y mis amores,
Entregándome al hambre y las maldades.
Y ¡ oh cuánta sangre en mi domada tierra
Por tí veo correr ! Por tus furores
Vuela entre victoriosas mortandades
Contra mí el macedon, y me saquea,
Y á su muerte... ¡ qué horror ! ¡ Ay ! vuelve, impío,
Vuelve mis hijos al regazo mio ;
Mis hijos de Platea,
Crüel, torna al momento,
Tórname mi virtud y mi contento. »

El Asia dijo ; y áun su voz ahora
Desde el horror de sus desiertos clama

Por su sangre inocente. Oid, hispanos;
La madre España á sus lamentos llora,
Y con su ejemplo á la concordia os llama.

¿Será que vuestros pechos inhumanos

Resistan á su voz, que religiosa

Repite sin cesar que no hay ventura

Sin virtud, ni virtud sin la ternura

Y la union amistosa,

Adonde en ara santa

Feliz beneficencia se levanta?

¡Falte la tierra al que á su mismo hermano

Persiga en su enemigo! Uncid los bueyes,

Oh virgenes del campo lagrimosas,

Que vuelve su señor. Con diestra mano,

Pues amor dictará sus dulces leyes,

Tejed guirnaldas de azucena y rosas.

Madres sensibles, vuestro amargo llanto

Truéquese ya en placer y regocijos,

Que ya á sus lares vuestros tiernos hijos

Tornan: sí, que el espanto

Va á cesar de la guerra,

Y en mieses de oro se ornará la tierra.

¡Júbilo, salvacion! ¡oh, cuál se inunda

Mi espíritu en placer! ¿Oís que clama

«Paz, paz» el Pirineo ensangrentado?

Dad oliva á mi sien. ¿Quién la circunda

Con sus hojas? La trompa de la Fama

Toda es paz, y á su són llora, abrazado

Del galo el español; y maldiciendo

De la guerra y sus bárbaros horrores,

En amistad convierten sus rencores.

Los oye, y brama huyendo

La discordia sangrienta,

Y en la oscura Albion su trono asienta.

¿Dó estais, pastores, que el silencio amado

De los montes dejasteis al ardiente
Estruendo del cañon? Volved tranquilos
A sus antiguos reinos el ganado ;
Señoread las selvas do, inocente,
A las plácidas sombras de los tilos
El amor sus misterios os confía.
Desechad el temor : del alto cielo,
Yo lo vi, yo lo vi, que en raudo vuelo
Alma paz descendía,
De espigas coronada,
De genios y de musas rodeada.

Saludadla, cantad, hijos de Apolo.
«Salve, decidla, madre bienhechora
Del linaje mortal, cándida hermana
De la santa virtud! ; De polo á polo
Rija un dia tu mano vencedora!
¡Salve mil veces, y á la gente humana
No abandones jamas! ; Pueda contigo
Comenzar el imperio afortunado
De la fraternidad, en que el malvado
Es el solo enemigo,
Y la tierra piadosa
Una sola familia virtüosa!

CANTO FÚNEBRE.

CORO DE DONCELLAS.

¿ Dónde está nuestra gloria,
Oh hijos de Ismael? El marchitado
Lauro romped que un dia

Os ciñó la victoria
Esclava de Almanzor. ¡Infortunado!
¡Le holló la muerte impia!
Venid, y de cipres la sien orlada,
En lágrimas regad su tumba helada.

CORO DE MANCEBOS.

Cubrid entristecidas,
¡Oh hijas de Ismael! vuestra hermosura
De dolor y de muerte.
¡Ay, ay! ya orfanecidas,
Vuestras trenzas cortad, y sin ventura
Llorad al grande, al fuerte,
Al que héroe entre los héroes relucia,
Como en el cielo el luminar del día.

AMBOS COROS.

El cedro, que orgulloso
Alza á las nubes la pomposa frente,
Cae, y braman temblando,
Al caer estruendoso,
Las selvas; y á los cielos, inocente,
Pide el pastor llorando
Su sombra. ¡Oh Almanzor, cedro caido!
Tu sombra paternal hemos perdido.

CORO DE DONCELLAS.

Virgenes desamadas,
Siervas tal vez, del Tajo la ribera
En llanto regarémos.
Allí desesperanzadas
Y ansiosas de morir, «¡oh, si viviera
Almanzor! — clamaremos:
Nuestra patria nos viera venturosas,
De un guerrero amador tiernas esposas.»



CORO DE MANCEBOS.

¿A quién nos volverémos,
Que nos pueda salvar, cuando el cristiano
Alce la ardiente espada?
«Almanzor» clamaremos
Y Almanzor callará; y el fiero hispano
¡Oh patria desdichada!
Hollando nuestros miembros palpitantes
Derrocará tus muros vacilantes.

AMBOS COROS.

Guarda, oh tumba sombría,
En paz le guarda con su esposa al lado.
Echad polvo, y doliente
Alzad la losa fría.
¡Vale, vale, Almanzor desventurado!
¡Ay! vale eternamente;
Y pueda un día la infeliz Granada
Desagraviar tu sombra ensangrentada.

NICOLÁS FERNANDEZ DE MORATIN.

SONETOS.

Amor, tú que me diste los osados
Intentos y la mano dirigiste,
Y en el cándido seno la pusiste
De Dorisa, en parajes no tocados;

Si miras tantos rayos, fulminados
De sus divinos ojos contra un triste,
Dame el alivio, pues el daño hiciste,
O acaben ya mi vida y mis cuidados.

Apiádese mi bien. Dila que muero
Del intenso dolor que me atormenta ;
Que si es tímido amor no es verdadero ;

Que no es la audacia en el cariño afrenta ,
Ni merece castigo tan severo
Un infeliz, que ser dichoso intenta.

Un altó y generoso pensamiento,
Inspiracion del cielo soberano,
Me puso la aurea cítara en la mano
Para cantar el dulce mal que siento.

Y fué tan grato mi sonoro acento,
Que la ancha vega, el apacible llano
Y el cavernoso monte carpetano
Mostraron compasion de mi tormento.

Turbóse el rio de cerúleo manto,
Oculto entre los álamos sombríos,
Al ver su cisne lamentarse tanto.

Moviéronse los brutos más impíos
Y los ásperos troncos á mi llanto ;
Y no la que causó los males míos.

ANACREÓNTICA.

Hoy mi Dorisa
Se va á la aldea,
Pues se recrea
Viendo trillar,
Sígola aprisa :
Cuantos placeres,
Mantua tuvieres,
Voy á olvidar.

Que ya no quiero
Más dignidades :
Las vanidades
Me quitó Amor.
Ni fama espero,
Ni anhelo á nada :
Sólo me agrada
Ser labrador.

Voy amoroso
Para servirla,
Quiero seguirla
Por donde va.
Verá el hermoso
Trigo amarillo,
Luégo en el trillo
Se sentará.

Yo iré con ella,
Y el diestro brazo
En su regazo
Reclinaré.
La ninfa bella
Me dará vida
Agradecida,
Viendo mi fe.

De esotros trillos
Que estén más léjos
Los zagalejos
Me envidiarán.
Mil cupidillos,
Viendo á la bella,
En torno de ella
Revolarán.

Yo alborozado
Con dulces sonos,
Tiernas canciones
La cantaré.
Ni habrá cuidado,
Ni habrá fatiga,
Que con mi amiga
No aliviaré.

ROMANCE.

LA FIESTA DE TOROS EN MADRID.

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar,
Por si la puede ablandar
El corazon de diamante.

Pasó, vencida á sus ruegos,
Desde Aravaca á Madrid ;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y preseas,
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de léjos muchas de ellas :
Las más apuestas doncellas
Que España entónces tenía.

Aja de Jetafe vino,
Y Zahara la de Alcorcon,
En cuyo obsequio muy fino

Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabon.
Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llevó á asombrar á Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
Dos, cada cual más hermosa ;
Y Fátima la preciosa,
Hija de Alí el alcadí.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte aflagranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafiles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros más principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de Viveros,

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel día ;
Y en la fiesta que gozó,

La popular alegría
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril,
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luégo á Benalguacil;
Despues con Hamete cierra,
El temeron de Conil.

Traia un ancho liston
Con uno y otro matiz
Hecho un lazo por airon,
Sobre la enhiesta cerviz,
Clavado con un arpon.

Todo galan pretendia
Ofrecerle vencedor
A la dama que servia;
Por eso perdió Almanzor
El potro que más queria.

El alcaide muy zambrero
De Guadalajara huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar;
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparia,
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometia,
Y sin que el rejon la plante
Le mató una yegua pia.

Otra monta acelerado:
Le embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado;

Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pié que encontrára,
El circo desocupando;
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir:
La plebe grita indignada,
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega
Y está en medio el toro fijo;
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega
Hincó la rodilla y dijo:

«Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear á un toro
Un caballero cristiano.»

Mucho le pesa á Aliatar;
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar;
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero;

Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,

En el florido verdor
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube,
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
De una cristiana primores,
En el yelmo los plumajes,
Por los visos y celajes
Verjel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
Con recamado pendon,
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperacion,
O á lo ménos de venganza.

En el arzon de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galan,
El bruto más generoso,
De más gallardo ademan;
Cabos negros, y brioso,
Muy tostado, y alazán.

Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
Que da Bétis con tal fruto
Pudo fingir el deseo

Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor:
Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor.
¡Alah te salve! decían,
¡Déte el Profeta favor!

Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para,
Y de más cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y así la dice, y suspira:

«Señora, sueños no son;
Así los cielos vencidos
De mi ruego y afliccion,
Acerquen á mis oidos
Las campanas de Leon,

«Como ese doncel, que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.»

Sin descubrirle quién es,
La Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés

Por donde se abrió después
El cubo de la Almuñena;
Y supo que fugitivo
De la córte de Fernando,
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías,
Y todo en torno la cerca,
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones,
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pié,
Y sus doncellas detras:
El alcaide que lo ve,
Enfurecido ademas,
Muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero;
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate crüel:
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado;

Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió;
Detrás de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada;
Segunda vez acomete,
De espuma y sudor bañada;
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido;
El suelo huele y le moja
En ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atras,
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu mas.

El que en esta ocasion viera
De Zaida el rostro alterado
Claramente conociera
Cuánto la cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo

Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo,

Ni llama así fulminante,
Cruza en negra oscuridad,
Con relámpagos delante,
Al estrépito tonante
De sonora tempestad,

Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó
Fue tanta, que parecía
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundía.

A caballo como estaba
Rodrigo el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó,
Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos,
Le alarga á Zaida, diciendo:
«Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,

Mi corto dón admitiendo,
»Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.»

Ella, el rostro placentero,
Dijo, y turbada: «señor,
Yo le admito y le venero,

Por conservar el favor
De tan gentil caballero.»

Y besando el rico dón,
Para agradar al doncel
Le prende con aficion
Al lado del corazon,
Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se ve;
Y trémulo y amarillo,
Sobre un tremecén rosillo
Lozaneándose fué.

Y en ronca voz, «castellano,
Le dice, con más decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.

»Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra,
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.»

Así, dijo el de Vivar,
Respondo, y la lanza en ristre
Pone, y espera á Aliatar;
Mas sin que nadie administre
Orden tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prision pedia,
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompetería.

Entre la Moncloa y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó,

Se acercó, oyó el alboroto,
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor
Y Zaida á le despedir,
Iban la fuerza á embestir:
Tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó, disimulando;
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

Y es fama, que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

EPIGRAMAS.

De imposibles santa Rita
Es abogada; y Filena
Con devocion muy contrita
Reza á la santa bendita
A fin de que la haga buena.

Ayer convidé á Torcuato:
Comió sopas y puchero,
Media pierna de carnero,

Dos gazapillos y un pato.

Doyle vino, y respondió :
«Tomadlo por vuestra vida,
Que hasta mitad de comida
No acostumbro á beber yo.»

Admiróse un portugués
De ver que en su tierna infancia
Todos los niños en Francia
Supiesen hablar frances :
«Arte diabólica es,
Dijo, torciendo el mostacho,
Que para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal
Llega á viejo, y lo habla mal
Y aquí lo parla un muchacho.»

El mundo comedia es,
Y los que ciñen laureles
Hacen primeros papeles.....
Y á veces el entremés.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

—
SÁTIRAS.
—

Á ARNESTO.

Déjame, Arnesto, déjame que llore
Los fieros males de mi patria, deja
Que su rüina y perdicion lamente ;
Y si no quieres que en el centro oscuro
De esta prision la pena me consuma ,
Déjame al ménos que levante el grito
Contra el desórden ; deja que á la tinta
Mezclando hiel y acibar, siga indócil
Mi pluma el vuelo del bufon de Aquino.
¡ Oh ! ¡ cuánto rostro veo, á mi censura,
De palidez y de rubor cubierto !
Ánimo, amigos, nadie tema, nadie
Su punzante aguijon ; que yo persigo
En mi sátira al vicio, no al vicioso.
¿ Y qué querrá decir que en algun verso,
Encrespada la bilis, tire un rasgo ,
Que el vulgo crea que señala á Alcinda,
La que olvidando su orgullosa suerte,
Baja vestida al Prado, cual pudiera
Una maja con trueno y rascamoño,
Alta la ropa , erguida la caramba ,

Cubierta de un cendal más trasparente
Que su intencion, á ojeadas y meneos
La turba de los tontos concitando?
¿ Podrá sentir que un dedo malicioso,
Apuntando este verso, la señale?
Ya la notoriedad es el más noble
Atributo del vicio, y nuestras Julias,
Más que ser malas, quieren parecerlo.
Hubo un tiempo en que andaba la modestia
Dorando los delitos; hubo un tiempo
En que el recato tímido cubria
La fealdad del vicio; pero huyóse
El pudor á vivir en las cabañas.
Con él huyeron los dichosos dias,
Que ya no volverán; huyó aquel siglo
En que aún las necias burlas de un marido
Las bascuñanas crédulas tragaban;
Mas hoy Alcinda desayuna al suyo
Con ruedas de molino; triunfa, gasta,
Pasa saltando las eternas noches
Del crudo Enero, y cuando el sol tardío
Rompe el Oriente, admírala golpeando,
Cual si fuese una extraña, al propio quicio.
Entra barriendo con la undosa falda
La alfombra; aquí y allí cintas y plumas
Del enorme tocado, siembra y sigue
Con débil paso soñolienta y mustia,
Yendo aún Fabio de su mano asido
Hasta la alcoba, donde á pierna suelta
Ronca el cornudo y sueña que es dichoso.
Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio
Erupto le perturban. A su hora
Despierta el necio, silencioso deja
La profanada holanda, y guarda atento
A su asesina el sueño mal seguro,

¡Cuántas, oh Alcinda, á la coyunda uncidas,
Tu suerte envidian! ¡Cuántas de himeneo
Buscan el yugo por lograr tu suerte,
Y sin que invoquen la razon, ni pese
Su corazon los méritos del novio,
El sí pronuncian y la mano alargan
Al primero que llega! ¡Qué de males
Esta maldita ceguedad no aborta!
Veo apagadas las nupciales teas
Por la discordia con infame soplo
Al pié del mismo altar, y en el tumulto,
Brindis y vivas de la tornaboda,
Una indiscreta lágrima predice
Guerras y oprobios á los mal unidos.
Veo por mano temeraria roto
El velo conyugal, y que corriendo
Con la impudente frente levantada,
Va el adulterio de una casa en otra;
Zumba, festeja, rie, y descarado
Canta sus triunfos, que tal vez celebra
Un necio esposo, y tal del hombre honrado
Hieren con dardo penetrante el pecho,
Su vida abrevian, y en la negra tumba
Su error, su afrenta y su despecho esconden.
¡Oh viles almas! ¡oh virtud! ¡oh leyes!
¡Oh pundonor mortifero! ¿Qué causa
Te hizo fiar á guardas tan infieles
Tan preciado tesoro? ¿Quién, oh Témis,
Tu brazo sobornó? Te mueves cruda
Contra las tristes víctimas que arrastra
La desnudez ó el desamparo al vicio;
Contra la débil huérfana, del hambre
Y del oro acosada, ó al halago,
La seduccion y el tierno amor rendida;
La expilas, la deshonoras, la condenas

A incierta y dura reclusion ; ¡y en tanto
Ves, indolente, en los dorados techos
Cobijado el desórden, ó le sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas,
La virtud y el honor escarneciendo!
¡Oh infamia! ¡oh siglo! ¡oh corrupcion! Matronas
Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro
Pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias
En Lais os volvió? ¿Ni el proceloso
Océano, ni, lleno de peligros,
El Lilibeo, ni las árduas cumbres
Del Pirene pudieron guareceros
Del contagio fatal? Zarpa preñada
De oro la nao gaditana, aporta
A las orillas gálicas, y vuelve
Llena de objetos fútiles y vanos;
Y entre los signos de extranjera pompa
Ponzoña esconde y corrupcion, compradas
Con el sudor de las iberas frentes;
Y tú, mísera España, tú la esperas
Sobre la playa, y con afan recoges
La pestilente carga y la repartes
Alegre entre tus hijos. Viles plumas,
Gasas y cintas, flores y penachos
Te trae en cambio de la sangre tuya;
De tu sangre ¡oh baldon! y acaso, acaso
De tu virtud y honestidad. Repara
Cuál la liviana juventud los busca;
Mira cuál va con ellos engreida
La impudente doncella; su cabeza,
Cual nave real en triunfo empavesada,
Vana presenta del favonio al soplo
La mies de plumas y de airones, y anda
Loca, buscando en la lisonja el premio
De su indiscreto afan. ¡Ay triste! guarte,

Guarte, que está cercano el precipicio.
El astuto amador ya en asechanza
Te atisba y sigue con lascivos ojos ;
La adulacion y la caricia el lazo
Te van á armar, do caerás incauta,
En él tu oprobio y perdicion hallando.
¡Ay, cuánto, cuánto de amargura y lloro
Te costarán tus galas ! ¡ Cuán tardío
Será y estéril tu arrepentimiento !
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
Del nunca exhausto Potosí no bastan
A saciar el hidrópico deseo,
La ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan ; cuesta un sombrerillo
Lo que ántes un Estado, y se consume
En un festin la dote de una Infanta.
Todo lo tragan ; la riqueza unida
Va á la indigencia ; pide y pordiosea
El noble, engaña, empeña, malbarata,
Quiebra y perece ; y el logrero goza
Los pingües patrimonios, premio un dia
Del generoso afan de altos abuelos.
¡ Oh ultraje ! ¡ oh mengua ! todo se trafica ;
Parentesco, amistad, favor, influjo,
Y hasta el honor, depósito sagrado,
O se vende ó se compra. Y tú, belleza,
Dón el más grato que dió al hombre el cielo,
No eres ya premio del valor, ni paga
Del peregrino ingenio ; la florida
Juventud, la ternura, el rendimiento
Del constante amador ya no te alcanzan.
Y ni te das al corazon, ni sabes
De él recibir adoracion y ofrendas.
Ríndeste al oro. La vejez hedionda,
La sucia palidez, la faz adusta,

Fiera y terrible, con igual derecho
Vienen sin susto á negociar contigo.
Daste al barato; y tu rosada frente,
Tus suaves besos y tus dulces brazos,
Corona un tiempo del amor más puro,
Son ya una vil y torpe mercancía.

AL MISMO.

¿ Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
De pardomonte envuelto, con patillas
De tres pulgadas afeadó el rostro,
Magro, pálido y sucio, que al arrimo
De la esquina de enfrente nos acecha
Con aire sesgo y baladí? Pues ese,
Ese es un nono nieto del rey Chico.
Si el breve chupetin, las anchas bragas
Y el albornoz, no sin primor terciado,
No te lo han dicho; si los mil botones
De filigrana berberisca, que andan
Por los confines del jubon perdidos,
No lo gritan; la faja, el guadigeño,
El arpa, la bandurria y la guitarra
Lo cantarán: no hay duda, el tiempo mismo
Lo testifica. Atiende á sus blasones:
Sobre el porton de su palacio ostenta,
Grabado en berroqueña, un ancho escudo
De medias lunas y turbantes lleno.
Nácenle al pié las bombas y las balas
Entre tambores, chuzos y banderas,
Como en sombrío matorral los hongos,

El águila imperial con dos cabezas
Se ve picando del morrion las plumas
Allá en la cima; y de uno y otro lado,
A pesar de las puntas asomantes,
Grifo y leon rampantes le sostienen.
Vé aquí sus timbres; pero sigue, sube,
Entra, y verás colgado en la antesala
El árbol gentilicio, ahumado y roto
En partes mil; empero de sus ramas,
Qual suele el fruto en la pomposa higuera,
Sombreros penden, mitras y bastones.
En procesion aquí y allí caminan
En sendos cuadros los ilustres deudos,
Por hábil brocha al vivo retratados.
¡Qué gregüescos! ¡qué caras! ¡qué bigotes!
El polvo y telarañas son los gajes
De su vejez. ¿Qué más? hasta los duros
Sillones moscovitas y el chinesco
Escritorio, con ámbar perfumado,
En otro tiempo de marfil y nácar
Sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
La ancianidad de su solar pregonan.
Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
Que aunque embozado y en castaña el pelo,
Nada les debe á Ponces y Guzmanes.
No los aprecia, tiénese en más que ellos,
Y vive así. Sus dedos y sus labios,
Del humo del cigarro encallecidos,
Índice son de su crianza. Nunca
Pasó del Be á Ba. Nunca sus viajes
Más allá de Getafe se extendieron:
Fué antaño allá por ver unos novillos
Junto con Pacotrigo y la Caramba;
Por señas, que volvió ya con estrellas,
Beodo por demas, y durmió al raso.

Examínale: ¡oh idiota! nada sabe.
Trópicos, era, geografía, historia,
Son para el pobre exóticos vocablos.
Dile que desde el hondo Pirineo
Corre espumoso el Bétis á sumirse
De Ontígola en el mar, ó que cargadas
De almendra y goma las inglesas quillas
Surgen en puerto Lápiche, y se leván
Llenas de estaño y de abadejo; ¡oh! todo,
Todo lo creará, por más que añadas
Que allá en las Navas fué Witiza el santo
Deshecho por los celtas, ó que invicto
Triunfó en Aljubarreta Mauregato.
¡Qué mucho, Arnesto, si del padre Astete
Ni aún leyó el catecismo! Mas no creas
Su memoria vacía. Oye, y diráte
De Cándido y Marchante la progenie;
Quién de Romero ó Costillares saca
La muleta mejor, y quién más limpio
Hiere en la cruz al bruto jarameño.
Haráte de Guerrero y la Catuja
Larga memoria; y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz paciéndo estrellas,
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas. Prosigue,
Si esto no basta, y te dirá qué año,
Qué ingenio, qué ocasion dió á los chorizos
Eterno nombre, y cuántas cuchilladas
Dadas de dia en dia, tan pujantes
Sobre el triste polaco los mantienen.
Ve aquí su ocupacion; esta es su ciencia.
No la debió ni al dómine, ni al tonto
De su ayo mosen Marc, sólo ajustado

Para irle en pos cuando era señorito.
Debióselo á cocheros y lacayos,
Dueñas, fregonas, truhanes y otros bichos,
De su niñez perennes compañeros ;
Mas sobre todo á Pericuelo el paje,
Mozo avieso, chorizo y pepillista
Hasta morir, cuando le andaba en torno.
De él aprendió la jota, la guaracha,
El bolero, y en fin, música y baile.
Fuéle tambien maestro algunos meses
El sota Andres, chispero de la huerta,
Con quien, por órden de su padre, entónces
Pasar solia tardes y mañanas
Jugando entre las mulas. Ni dejaste
De darle tú santísimas lecciones,
¡ Oh Paquita ! despues de aquel trabajo
De que el Refugio te sacó, y su madre
Te ajustó por doncella ; ¡ tanto puede
La gratitud en generosos pechos !
De tí aprendió á reirse de sus padres,
Y á hacer al pedagogo la mamola,
A pellizcar, á andar al escondite,
Tratar con cirujanos y con viejas,
Beber, mentir, trampear ; y en dos palabras,
De tí aprendió á ser hombre, y de provecho.
Si algo más sabe, débelo á la buena
De doña Ana, patron de zurcidoras,
Piadosa como Enone, y más chuchera
Que la embaidora Celestina. ¡ Oh cuánto
De ella alcanzó ! Del Rastro á Maravillas,
Del alto de San Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda
A su padron negado. ¡ Cuántos nombres
Y cuáles vido en su librete escritos !
Allí leyó el de Cándida la invicta,

Que nunca se rindió, la que una noche
Venció.

Allí el de aquella siete veces virgen,
Más que por esto, insigne por sus robos,
Pues que en un mes empobreció al Indiano,
Y chupó á un escoces tres mil guineas,
Veinte acciones de Banco y un navío.
Allí aprendió á temer el de Belisa
La venenosa.

Y allí tambien, en torpe mescolanza,
Vió de mil bellas las ilustres cifras,
Nobles, plebeyas, majas y señoras,
A las que vió nacer el Pirineo,
Desde Junquera hasta do muere el Miño,
Y á las que el Ebro y Turia dieron fama,
Y el Darro y Bétis todos sus encantos;
A las de rancio y perdurable nombre,
Ilustradas con turca y sombrerillo,
Simon y paje, en cuyo abono sudan
Bandas, veneras, gorras y bastones
Y aún (chito, Arnesto) cuellos y cerquillos;
Y en fin, aquellas que en nocturnas zambras,
Al són del cuerno congregadas, dieron
Fama á la Union.

¡ Ah! cuánto allí la cifra de tu nombre
Brillaba, escrita en caracteres de oro,
¡ Oh Cloe! Él solo deslumbrar pudiera
A nuestro jaque, apénas de las uñas
De su doncella libre. No adornaban
Tu casa entónces, como ogaño, ricas
Telas de Italia ó de Canton, ni lustros
Venidos del Adriático, ni alfombras,

Sofá otomano ó muebles peregrinos.
Ni la alegraban, de Bolonia al uso,
La simia, il pappagallo é la spineta.
La salserilla, el sahumador, la esponja,
Cinco sillas de enea, un pobre anafe,
Un bufete, un velon y dos cortinas
Eran todo tu ajuar, y hasta la cama,
Do alzó despues tu trono la fortuna,
¡Quién lo diria! entónces era humilde.
Púsote en zancos el hidalgo, y dióte
A dos por tres la escandalosa suma
Que treinta años de afanes y de ayuno
Costó á su padre. ¡Oh! cuánto tus jubones,
De perlas y oro recamaños, cuánto
Tus francachelas y tripudios dieron
En la cazuela, el Prado y los tendidos
De escándalo y envidia! Como el humo
Todo pasó, duró lo que la hijuela.
¡Pobre galan! ¡Qué paga tan mezquina
Se dió á tu amor! ¡Cuán presto le feriaron
Al último doblon el postrer beso!
¡Viérasle, Arnesto, desolado; vieras
Cuál iba humilde á mendigar la gracia
De su perjura, y cuál correspondia
La infiel con carcajadas á su lloro!
No hay medio: le plantó, quedó por puertas.
¿Qué hará? ¿Su alivio buscará en el juego?
¡Bravo! Alli olvida su pesar. Prestóle
Un amigo. ¡Qué amigo! Ya otra nueva
Esperanza le anima. ¡Ah! salió vana.
Marró la cuarta sota; adios, bolsillo.
Toma un censo, adelante; mas perdióle
Al primer trascarton, y quedó asperges.
No hay ya amor, ni amistad. En tan gran cuita
Se halla ¡oh Zulem Zegrí! tu nono nieto,

¿Será más digno, Arnesto, de tu gracia
Un alfeñique perfumado y lindo,
De noble traje y ruines pensamientos?
Admiran su solar el alto Auseva,
Liria, Pamplona ó la feroz Cantabria;
Mas se educó en Sores; París y Roma
Nueva fe le infundieron, vicios nuevos
Le inocularon: cátales perdido.
No es ya el mismo; ¡oh, cuál otro el Vidasoa
Tornó á pasar! ¡Cuál habla por los codos!
¿Quién calará su atroz galimatías?
Ni Du Marsais ni Aldrete le entendieran.
Mira cuál corre, en polison vestido,
Por las mañanas, de un burdel á otro,
Y entre alcahuetas y rufianes bulle.
No importa, viaja incógnito con palo,
Sin insignias y en frac; nadie le mira.
Vuelve, se adoba, sale y huele á almizcle
Desde una milla... ¡Oh cómo el sol chispea
En el charol del coche ultramarino!
¡Cuál brillan los tirantes carmesíes
Sobre la negra crin de los frisones!
Visita, come en noble compañía;
Al Prado, á la luneta, á la tertulia,
Y al garito despues. ¡Qué linda vida,
Digna de un noble! ¿Quieres su compendio?
Puteó, jugó, perdió salud y bienes,
Y sin tocar á los cuarenta abriles
La mano del placer le hundió en la huesa.
¡Cuántos, Arnesto, así! Si alguno escapa,
La vejez se anticipa, le sorprende,
Y en cínica é infame soltería,
Solo, aburrido y lleno de amarguras,
La muerte invoca, sorda á su plegaria.
Si ántes al ara de himeneo acoge

Su delincuente corazón, y el resto
De sus amargos días le consagra,
¡Triste de aquella que á su yugo uncido
Víctima cae! Los primeros meses
La lleva en triunfo acá y allá; la mima,
La galantea... Palco, galas, dijes,
Coche á la inglesa... ¡Miseros recursos!
El buen tiempo pasó; del vicio infame
Corre en sus venas la cruel ponzoña.
Tímido, exhausto, sin vigor... ¡oh rabia!
El tálamo es su potro. Mira, Arnesto,
Cuál desde Gádes á Brigancia el vicio
Ha inficionado el gérmen de la vida,
Y cuál su virulencia va enervando
La actual generacion! Apénas de hombres
La forma existe. ¿Adónde está el forzado
Brazo de Villandrando? ¿Dó de Argüello
Ó de Paredes los robustos hombros?
El pesado morrion, la penachuda
Y alta cimera ¿acaso se forjaron
Para cráneos raquíuticos? ¿Quién puede
Sobre la cuera y la enmallada cota
Vestir ya el duro y centelleante peto?
¿Quién enristrar la ponderosa lanza?
Quién... Vuelve ¡oh fiero berberisco! vuelve,
Y otra vez corre desde Calpe al Deva,
Que ya Pelayos no hallarás ni Alfonsos
Que te resistan; débiles pigmeos
Te esperan; de tu corva cimitarra
Al solo amago caerán rendidos.
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
Los timbres y blasones? ¿De qué sirve
La clase ilustre, una alta descendencia,
Sin la virtud? Los nombres venerados
De Laras, Tellos, Haros y Girones,

¿ Qué se hicieron ? ¿ Qué ingenio ha deslucido
La fama de sus triunfos ? ¿ Son sus nietos
A quienes fia su defensa el trono ?
¿ Es ésta la nobleza de Castilla ?
¿ Es éste el brazo, un día tan temido,
En quien libraba el castellano pueblo
Su libertad ? ¡ Oh vilipendio ! ¡ Oh siglo !
Faltó el apoyo de las leyes ; todo
Se precipita ; el más humilde cieno
Fermenta, y brota espíritus altivos,
Que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
¿ Qué importa ? Venga denodada, venga
La humilde plebe en irrupcion, y usurpe
Lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría ; no haya
Clases ni estados. Si la virtud sola
Les puede ser antemural y escudo,
Todo sin ella acabe y se confunda.

FIN.

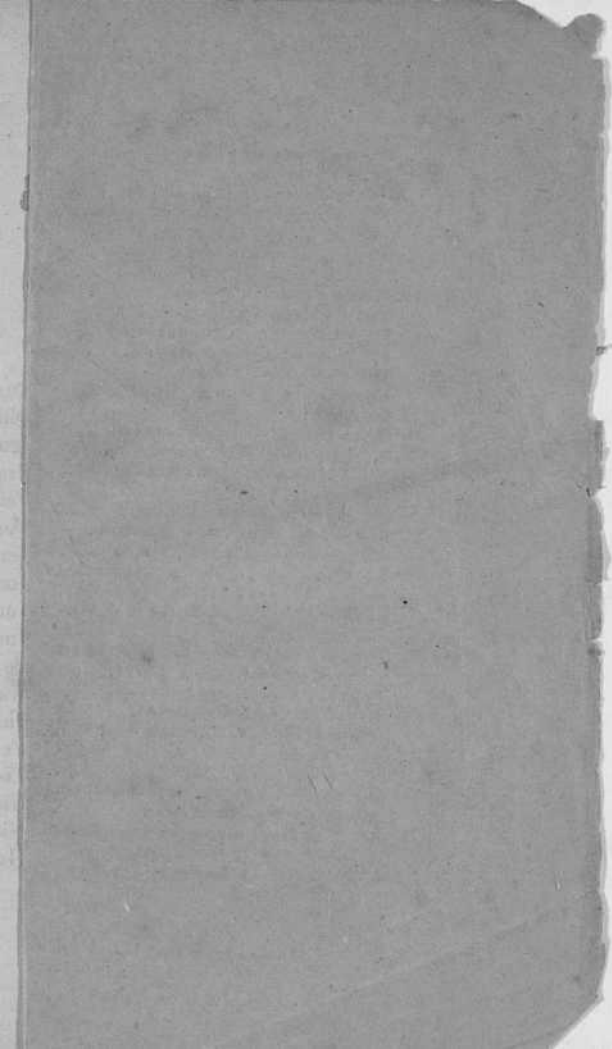
ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Eugenio Gerardo Lobo.	5
Diego de Torres y Villarroel.	7
Ignacio de Luzan.	9
Fray Diego Gonzalez.	15
Félix María Samaniego.	43
Tomás de Iriarte.	63
Jorge Pitillas.	83
José Iglesias de la Casa.	93
Juan Melendez Valdés.	111
Juan Pablo Forner.	131
Conde de Noroña.	134
Manuel María de Arjona.	137
Juan Bautista Arriaza.	139
Félix José Reinoso.	150
Tomás José Gonzalez Carbajal.	153
Nicasio Alvarez de Cienfuegos.	156
Nicolás Fernandez de Moratin.	162
Gaspar Melchor de Jovellanos.	177

INDICE



107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200



VOLÚMENES EN VENTA.

TOMOS.		PRECIOS.
I	Romancero del Cid.	2 rs.
II y III	La Celestina.	4 »
IV	Edad Media, por F. Pi y Margall.	2 »
V	Fray Luis de Leon y San Juan de la Cruz, Poesías.	2 »
VI	Poesías líricas alemanas.	2 »
VII	Contrad. pol., por F.-J. Proudhon.	2 »
VIII y X	Romancero morisco.	4 »
IX	Novelas de Cervántes.	2 »
XI	Leyendas y narraciones de Alejandro Mercaiano.	2 »
XII	Espronceda, Poesías.	2 »
XIII	Werther, novela de Goethe.	2 »
XIV y XV	Obras de Larra.	4 »
XVI	Romancero caballeresco.	2 »
XVII, XVIII, XX, XXII y XXX.	Tesoro de la poesía castellana (siglos XV, XVI, XVII, XVIII y XIX).	10 »
XIX	El Diablo Mundo, Espronceda.	2 »
XXI	La Vida Nueva. — Aminta. — Sonetos y Canciones.	2 »
XXIII	La Prudencia en la mujer. — Los Tres maridos burlados.	2 »
XXIV	El Alcalde de Zalamea. — Entremeses.	2 »
XXV	Fama póstuma. — La Discreta enamorada.	2 »
XXVI.	Zorrilla. — Comp. varias.	2 »
XXVII	Quevedo. — Los Sueños.	2 »
XXVIII y XXXII.	Soulié. — Las Cuatro Epocas — Tomo I. — Los Celtas. — Tomo II. — Los Galos.	2 »
XXIX	Balzac. — Cuentos fantásticos.	2 »
XXXI	Obras de Santa Teresa.	2 »
XXXIII	La Verdad sospechosa. — M. darse por mejorarse.	2 »
XXXIV	Fray Luis de Leon. — La Perfecta Casada.	2 »
XXXV	D. Ramon de la Cruz. — Sainetes.	2 »
XXXVI	Poesías escogidas de Quevedo.	2 »

POESIA CONSOLIDA

157

20